

Manifiesto contra-sexual

Beatriz Preciado

Pensamiento

Opera Prima
Madrid

© 2002, BEATRIZ PRECIADO

© Editorial Opera Prima
Plaza Santa Catalina de los Donados, 3
Tels. (91) 559 74 50 / 26 28
28013 Madrid
operaprima@operaprima.es
www.operaprima.es

Reservados todos los derechos

Realización: Diseño Gráfico AM2000

Impresión:
Simancas Ediciones, S.A.

I.S.B.N.: 84-95461-14-5
Depósito legal: P-80 / 2002



Impreso en papel ecológico

Impreso en España

A Monique Wittig, Arizona
A petit Q, Las Vegas

Índice

Prefacio de Marie-Hélène Bourcier	9
¿Qué es la contra-sexualidad?	15
Principios de la sociedad contra-sexual	29
Contrato contra-sexual (ejemplo)	37
Prácticas de inversión contra-sexual	39
Dildotectónica	41
Dildotopía	43
Práctica I: El ano solar de Ron Athey	44
Práctica II: Masturbar un brazo: citación de un dildo sobre un antebrazo	48
Práctica III: Cómo hacer gozar a un dildo-cabeza: citación de un dildo sobre una cabeza	52
Teorías	55
La lógica del dildo o las tijeras de Derrida	57
Breve genealogía de los juguetes sexuales o de cómo Butler descubrió el vibrador	71
<i>Money makes sex</i> o la industrialización de los sexos	99
Tecnologías del sexo	118
Ejercicio de lectura contra-sexual	137
De la filosofía como modo superior de dar por el culo: Deleuze y la «homosexualidad molecular»	139
Anexos	157
Prótesis, mon amour	162
Bibliografía	170
Nota de la autora	174
Agradecimientos	175

...la cuestión de la sexualidad en la sociedad...

...la cuestión de la sexualidad en la sociedad...

...la cuestión de la sexualidad en la sociedad...

...la cuestión de la sexualidad en la sociedad...

...la cuestión de la sexualidad en la sociedad...

...la cuestión de la sexualidad en la sociedad...

...la cuestión de la sexualidad en la sociedad...

¿Cómo aproximarse al sexo en cuanto objeto de análisis? ¿Qué datos históricos y sociales intervienen en la producción del sexo? ¿Qué es el sexo? ¿Qué es lo que realmente hacemos cuando follamos? ¿Modifican su proyecto las prácticas sexuales de la persona que escribe? Si así es, ¿de qué manera? ¿Debe la investigadora entregarse al «serial fucking» cuando trabaja sobre el sexo como tema filosófico o, por el contrario, debe guardar las distancias respecto a tales actividades y ello por razones científicas? ¿Se puede escribir sobre la heterosexualidad siendo marica o bollo¹? E inversamente, ¿se puede escribir sobre la homosexualidad siendo hetero?

Como siempre, en filosofía es fácil acudir a los ejemplos célebres, sacar partido de determinadas elecciones metodológicas o, al menos, encubrir nuestros errores apelando a la autoridad de la tradición. Es sabido que cuando Marx inició su *Grundrisse* todo parecía empujarle a comenzar su análisis económico partiendo de la noción de población. Pues bien, al pensar sobre la sexualidad yo me encuentro hoy frente a un imperativo conceptual semejante. Todo parecería indicar que yo debería afrontar esta tarea partiendo de nociones como género o diferencia sexual. Pero veamos lo que hizo Marx: para gran sorpresa de los filósofos y los moralistas de la época, Marx centró su análisis en torno a la noción de «plusvalía» evitando así las paradojas de las teorías precedentes. Sacando partido de la estrategia de Marx, esta investigación sobre el sexo toma como eje temático el análisis de algo que puede parecer marginal:

¹ Nota de la autora: A lo largo de este texto he privilegiado la palabra «bollo» frente a su sinónimo «lesbiana» puesto que el primer término ha surgido de un esfuerzo de autonominación y re-significación interno a la cultura lesbiana. La palabra «bollo», que muestra la fuerza performativa de la transformación de un insulto, es en español el equivalente más cercano del inglés queer.

un objeto de plástico que acompaña la vida sexual de ciertas bollos y ciertos gays queers, y que hasta ahora se había considerado como una «simple prótesis inventada para paliar la discapacidad sexual de las lebianas». Estoy hablando del dildo².

Robert Venturi había intuido un giro conceptual semejante: la arquitectura debía aprender de Las Vegas. En filosofía es tiempo de aprender del dildo.

Este es un libro sobre dildos, sobre sexos de plástico y sobre la plasticidad de los sexos.

¿Qué es la contra-sexualidad?

La contra-sexualidad no es la creación de una nueva naturaleza, sino más bien el fin de la Naturaleza como orden que legitima la sujeción de unos cuerpos a otros. La contra-sexualidad es. En primer lugar: un análisis crítico de la diferencia de género y de sexo, producto del contrato social heterocentrado, cuyas performatividades normativas han sido inscritas en los cuerpos como verdades biológicas (Judith Butler, 2001). En segundo lugar: la contra-sexualidad apunta a sustituir este contrato social que denominamos Naturaleza por un contrato contra-sexual. En el marco del contrato contra-sexual, los cuerpos se reconocen a sí mismos no como hombres o mujeres, sino como cuerpos parlantes, y reconocen a los otros como cuerpos parlantes. Se reconocen a sí mismos la posibilidad de acceder a todas las prácticas significantes, así como a todas las posiciones de enunciación, en tanto sujetos, que la historia ha determinado como masculinas, femeninas o perversas. Por consiguiente, renuncian no solo a una identidad sexual cerrada y determinada natural-

² Nota de la autora: Una vez más he preferido usar el término «dildo» proveniente de la cultura sexual anglosajona que los diferentes sinónimos en castellano: «cinturón polla» o «polla de plástico», por razones que quedarán claras en los capítulos posteriores. Anticipando uno de los argumentos centrales de este libro, podríamos decir que un dildo no es una «polla de plástico», sino que más bien, y pese a las apariencias, una polla es un dildo de carne. (Ver Anexo, pág. 159.)

mente, sino también a los beneficios que podrían obtener de una naturalización de los efectos sociales, económicos y jurídicos de sus prácticas significantes.

La nueva sociedad toma el nombre de sociedad contra-sexual, al menos, por dos razones. Uno, y de manera negativa: la sociedad contra-sexual se dedica a la deconstrucción sistemática de la naturalización de las prácticas sexuales y del sistema de género. Dos, y de manera positiva: la sociedad contra-sexual proclama la equivalencia (y no la igualdad) de todos los cuerpos-sujetos sujetos parlantes que se comprometen con los términos del contrato contra-sexual dedicado a la búsqueda del placer-saber.

El nombre de contra-sexualidad proviene indirectamente de Foucault, para quien la forma más eficaz de resistencia a la producción disciplinaria de la sexualidad en nuestras sociedades liberales no es la lucha contra la prohibición (como la propuesta por los movimientos de liberación sexual anti-represivos de los años setenta), sino la contra-productividad, es decir, la producción de formas de placer-saber alternativas a la sexualidad moderna. Las prácticas contra-sexuales que van a proponerse aquí deben comprenderse como tecnologías de resistencia, dicho de otra manera, como formas de contra-disciplina sexual.

La contra-sexualidad es también una teoría del cuerpo que se sitúa fuera de las oposiciones hombre/mujer, masculino/femenino, heterosexualidad/homosexualidad. Define la sexualidad como tecnología, y considera que los diferentes elementos del sistema sexo/género³ denominados «hombre», «mujer», «homosexual», «heterosexual», «transexual», así como sus prácticas e identidades sexuales no son sino máquinas, productos, instrumentos, aparatos, trucos, prótesis, redes, aplicaciones, programas, conexiones, flujos de energía y de información, interrupciones e interruptores, llaves, leyes de circulación, fronteras, constreñimientos, diseños, lógicas, equipos, formatos, accidentes, detritos, mecanismos, usos, desvíos...

³ La expresión «sistema sexo/género» fue utilizada por primera vez por Gayle Rubin en su artículo «The Traffic in Women», en Reyna R. Reiter, ed. *Towards an Anthropology of Women*, New York, Montly Review Press, 1975.

La contra-sexualidad afirma que en el principio era el dildo. El dildo antecede al pene. Es el origen del pene. La contra-sexualidad recurre a la noción de «suplemento» tal como ha sido formulada por Jacques Derrida (1967); e identifica el dildo como el suplemento que produce aquello que supuestamente debe completar.

La contra-sexualidad afirma que el deseo, la excitación sexual y el orgasmo no son sino los productos retrospectivos de cierta tecnología sexual que identifica los órganos reproductivos como órganos sexuales, en detrimento de una sexualización de la totalidad del cuerpo.

Es tiempo de dejar de estudiar y de describir el sexo como si formara parte de la historia natural de las sociedades humanas. La «historia de la humanidad» saldría beneficiada al rebautizarse como «historia de las tecnologías», siendo el sexo y el género aparatos inscritos en un sistema tecnológico complejo. Esta «historia de las tecnologías» muestra que «La Naturaleza Humana» no es sino un efecto de negociación permanente de las fronteras entre humano y animal, cuerpo y máquina (Donna Haraway, 1995), pero también entre órgano y plástico.

La contra-sexualidad renuncia a designar un pasado absoluto donde se situaría una heterotopía lesbiana (amazónica o no, preexistente o no a la diferencia sexual, justificada por una cierta superioridad biológica o política, o bien resultado de una segregación de los sexos) que sería una especie de utopía radical feminista separatista. No necesitamos un origen puro de dominación masculina y heterosexual para justificar una transformación radical de los sexos y de los géneros. No hay razón histórica susceptible de legitimar los cambios en curso. La contra-sexualidad «is the case». Esta contingencia histórica es el material, tanto de la contra-sexualidad como de la deconstrucción. La contra-sexualidad no habla de un mundo por venir; al contrario, lee las huellas de aquello que ya es el fin del cuerpo, tal como este ha sido definido por la modernidad.

La contra-sexualidad juega sobre dos temporalidades. Una temporalidad lenta en la cual las instituciones sexuales parecen no

haber sufrido nunca cambios. En esta temporalidad, las tecnologías sexuales se presentan como fijas. Toman prestado el nombre de «orden simbólico», de «universales transculturales» o, simplemente, de «naturaleza». Toda tentativa para modificarlas sería juzgada como una forma de «psicosis colectiva» o como un «Apocalipsis de la Humanidad». Este plano de temporalidad fija es el fundamento metafísico de toda tecnología sexual. Todo el trabajo de la contra-sexualidad está dirigido contra, opera e interviene en ese marco temporal. Pero hay también una temporalidad del acontecimiento en la que cada hecho escapa a la causalidad lineal. Una temporalidad fractal constituida de múltiples «ahoras» que no pueden ser el simple efecto de la verdad natural de la identidad sexual o de un orden simbólico. Tal es el campo efectivo donde la contra-sexualidad incorpora las tecnologías sexuales al intervenir directamente sobre los cuerpos, sobre las identidades y sobre las prácticas sexuales que de estos se derivan.

La contra-sexualidad tiene por objeto de estudio las transformaciones tecnológicas de los cuerpos sexuados y *generizados*. No rechaza la hipótesis de las construcciones sociales o psicológicas del género, pero las resitúa como mecanismos, estrategias y usos en un sistema tecnológico más amplio. La contra-sexualidad reivindica su filiación con los análisis de la heterosexualidad como régimen político de Monique Wittig, la investigación de los dispositivos sexuales modernos llevada a cabo por Foucault, los análisis de la identidad performativa de Judith Butler y la política del ciborg de Donna Haraway. La contra-sexualidad supone que el sexo y la sexualidad (y no solamente el género) deben comprenderse como tecnologías socio-políticas complejas; que es necesario establecer conexiones políticas y teóricas entre el estudio de los aparatos y los artefactos sexuales (tratados hasta aquí como anécdotas de poco interés dentro de la historia de las tecnologías modernas) y los estudios socio-políticos del sistema sexo/género.

Con la voluntad de des-naturalizar y des-mitificar las nociones tradicionales de sexo y de género, la contra-sexualidad tiene como tarea prioritaria el estudio de los instrumentos y los aparatos sexuales y, por lo tanto, las relaciones de sexo y de género que se establecen entre el cuerpo y la máquina.

Del sexo como tecnología biopolítica

El sexo, como órgano y práctica, no es ni un lugar biológico preciso ni una pulsión natural. El sexo es una tecnología de dominación heterosocial que reduce el cuerpo a zonas erógenas en función de una distribución asimétrica del poder entre los géneros (femenino/masculino), haciendo coincidir ciertos afectos con determinados órganos, ciertas sensaciones con determinadas reacciones anatómicas.

La naturaleza humana es un efecto de tecnología social que reproduce en los cuerpos, los espacios y los discursos la ecuación naturaleza = heterosexualidad. El sistema heterosexual es un aparato social de producción de feminidad y masculinidad que opera por división y fragmentación del cuerpo: recorta órganos y genera zonas de alta intensidad sensitiva y motriz (visual, táctil, olfativa...) que después identifica como centros naturales y anatómicos de la diferencia sexual.

Los roles y las prácticas sexuales, que naturalmente se atribuyen a los géneros masculino y femenino, son un conjunto arbitrario de regulaciones inscritas en los cuerpos que aseguran la explotación material de un sexo sobre el otro⁴. La diferencia sexual es una hetero-partición del cuerpo en la que no es posible la simetría. El proceso de creación de la diferencia sexual es una operación tecnológica de reducción, que consiste en extraer determinadas partes de la totalidad del cuerpo, y aislarlas para hacer de ellas significantes sexuales. Los hombres y las mujeres son construcciones metonímicas del sistema heterosexual de producción y de reproducción que autoriza el sometimiento de las mujeres como fuerza de trabajo sexual y como medio de reproducción. Esta explotación es estructural, y los beneficios sexuales, que los hombres y las mujeres heterosexuales extraen de ella, obligan a reducir la superficie erótica a los órganos sexuales reproductivos y a privilegiar el pene como único centro mecánico de producción del impulso sexual.

⁴ Ver: Monique Wittig, «The Category of Sex», *The Straight Mind*, Boston, Beacon Press, 1982. Ver también la nueva versión francesa traducida por Marie-Hélène Bourcier: *La pensée straight*, Paris, Balland, 2001.

El sistema de sexo-género es un sistema de escritura. El cuerpo es un texto socialmente construido, un archivo orgánico de la historia de la humanidad como historia de la producción-reproducción sexual, en la que ciertos códigos se naturalizan, otros quedan elípticos y otros son sistemáticamente eliminados o tachados. La (hetero)sexualidad, lejos de surgir espontáneamente de cada cuerpo recién nacido, debe re-inscribirse o re-instituirse a través de operaciones constantes de repetición y de re-citación de los códigos (masculino y femenino) socialmente investidos como naturales⁵.

La contra-sexualidad tiene como tarea identificar los espacios erróneos, los fallos de la estructura del texto (cuerpos intersexuales, hermafroditas, locas, camioneras, maricones, *bollos*, hísticas, salidas o frías, hermafrodykes...) y reforzar el poder de las desviaciones y derivas respecto del sistema heterocentrado.

Cuando la contra-sexualidad habla del sistema sexo/género como de un sistema de escritura o de los cuerpos como textos no propone, con ello, intervenciones políticas abstractas que se reducirían a variaciones de lenguaje. Los que desde su torre de marfil literaria reclaman a voz en grito la utilización de la barra en los pronombres personales (y/o), o predicán la erradicación de las marcas de género en los sustantivos y los adjetivos reducen la textualidad y la escritura a sus residuos lingüísticos, olvidando las tecnologías de inscripción que las hacen posibles.

La cuestión no reside en privilegiar una marca (femenina o neutra) para llevar a cabo una discriminación positiva, tampoco en inventar un nuevo pronombre que escapase de la dominación masculina y designara una posición de enunciación inocente, un origen nuevo y puro para la razón, un punto cero donde surgiese una voz política inmaculada.

Lo que hay que sacudir son las tecnologías de la escritura del sexo y del género, así como sus instituciones. No se trata de sustituir unos términos por otros. No se trata tampoco de deshacerse de

⁵ Ver: Judith Butler, *Bodies That Matter. The Discursive Limits of Sex*, New York, Routledge, 1993.

las marcas de género o de las referencias a la heterosexualidad, sino de modificar las posiciones de enunciación. Derrida ya lo había previsto en su lectura de los enunciados performativos según Austin⁶. Más tarde Judith Butler utilizará esta noción de performatividad para entender los actos de habla en los que las bollos, maricas y transexuales retuercen el cuello del lenguaje hegemónico apropiándose de su fuerza performativa. Butler llamará «performatividad *queer*» a la fuerza política de la citación descontextualizada de un insulto homofóbico y de la inversión de las posiciones de enunciación hegemónicas que este provoca. Así por ejemplo, *bollo* pasa de ser un insulto pronunciado por los sujetos heterosexuales para marcar a las lesbianas como «abyectas», para convertirse posteriormente en una autodenominación contestataria y productiva de un grupo de «cuerpos abyectos» que por primera vez toman la palabra y reclaman su propia identidad.

La tecnología social heteronormativa (ese conjunto de instituciones tanto lingüísticas como médicas o domésticas que producen constantemente cuerpos-hombre y cuerpos-mujer) puede caracterizarse como una máquina de producción ontológica que funciona mediante la invocación performativa del sujeto como cuerpo sexuado. Las elaboraciones de la teoría queer llevadas a cabo durante los noventa por Judith Butler o por Eve K. Sedgwick han puesto de manifiesto que las expresiones, aparentemente descriptivas, «es una niña» o «es un niño», pronunciadas en el momento del nacimiento (o incluso en el momento de la visualización ecográfica del feto) no son sino invocaciones performativas —más semejantes a expresiones contractuales pronunciadas en rituales sociales tales como el «sí, quiero» del matrimonio, que a enunciados descriptivos tales como «este cuerpo tiene dos piernas, dos brazos y un rabo». Estos performativos del género son trozos de lenguaje cargados históricamente del poder de investir un cuerpo como masculino o como femenino, así como de sancionar los cuerpos que amenazan la coherencia del sistema sexo/género hasta el punto de someterlos a procesos quirúrgicos de «cosmética sexual» (disminución del tamaño del clítoris, aumento del ta-

⁶ Jacques Derrida, «Signature événement contexte», *Marges de la Philosophie*, 1972, pp. 382-390 (traducción al castellano «Firma, acontecimiento, contexto», *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 347-372).

maño del pene, fabricación de senos en silicona, re-feminización hormonal del rostro, etc.).

La identidad sexual no es la expresión instintiva de la verdad pre-discursiva de la carne, sino un efecto de re-inscripción de las prácticas de género en el cuerpo⁷. El problema del llamado feminismo constructivista es haber hecho del cuerpo-sexo una materia informe a la que el género vendría a dar forma y significado dependiendo de la cultura o del momento histórico.

El género no es simplemente performativo (es decir, un efecto de las prácticas culturales lingüístico-discursivas) como habría querido Judith Butler. El género es ante todo prostético, es decir, no se da sino en la materialidad de los cuerpos. Es puramente construido y al mismo tiempo enteramente orgánico. Escapa a las falsas dicotomías metafísicas entre el cuerpo y el alma, la forma y la materia. El género se parece al dildo. Porque los dos pasan de la imitación. Su plasticidad carnal desestabiliza la distinción entre lo imitado y el imitador, entre la verdad y la representación de la verdad, entre la referencia y el referente, entre la naturaleza y el artificio, entre los órganos sexuales y las prácticas del sexo. El género podría resultar una tecnología sofisticada que fabrica cuerpos sexuales.

Es este mecanismo de producción sexo-prostético el que confiere a los géneros femenino y masculino su carácter sexual-real-natural. Pero, como para toda máquina, el fallo es constitutivo de la máquina heterosexual. Dado que lo que se invoca como «real masculino» y «real femenino» no existe, toda aproximación imperfecta se debe renaturalizar en beneficio del sistema, y todo accidente sistemático (homosexualidad, bisexualidad, transexualidad...) debe operar como excepción perversa que confirma la regularidad de la naturaleza.

La identidad homosexual, por ejemplo, es un accidente sistemático producido por la maquinaria heterosexual, y estigmatizada

⁷ Paradójicamente, esta plataforma de repetición y reiteración es, al mismo tiempo, el lugar de formación compulsiva del sujeto heterosexual y el espacio donde tiene lugar toda subversión posible. Ver: Judith Butler, *Gender Trouble*, New York, Routledge, 1990, pp. 128-134 (traducción al castellano *El género en disputa*, México, Paidós, 2001).

como anti-natural, anormal y abyecta en beneficio de la estabilidad de las prácticas de producción de lo natural. Esta maquinaria sexo-prostética es relativamente reciente, y de hecho, contemporánea de la invención de la máquina capitalista y de la producción industrial del objeto. Por primera vez en 1868, las instituciones médico-legales identificarán este accidente «contra-natura» como estructuralmente amenazante para la estabilidad del sistema de producción de los sexos oponiendo la perversión (que en ese momento incluye todas las formas no-reproductivas de la sexualidad, del fetichismo al lesbianismo pasando por el sexo oral) a la normalidad heterosexual. Durante los últimos dos siglos, la identidad homosexual se ha constituido gracias a los desplazamientos, las interrupciones y las perversiones de los ejes mecánicos performativos de repetición que producen la identidad heterosexual, revelando el carácter construido y prostético de los sexos. Porque la heterosexualidad es una tecnología social y no un origen natural fundador, es posible invertir y derivar (modificar el curso, mutar, someter a deriva) sus prácticas de producción de la identidad sexual. La marica, la loca, la *drag queen*, la lesbiana, la bollo, la camionera, el marimacho, la *butch*, las F2M y los M2F⁸, las transgéneras son «bromas ontológicas»⁹, imposturas orgánicas, mutaciones prostéticas, recitaciones subversivas de un código sexual trascendental falso.

Es en este espacio de parodia y transformación plástica donde aparecen las primeras prácticas contra-sexuales como posibilidades de una deriva radical con relación al sistema sexo/género dominante: la utilización de dildos, la erotización del ano y el establecimiento de relaciones S&M (sodomasochistas) contractuales, por no citar sino tres momentos de una mutación posthumana del sexo.

Los órganos sexuales como tales no existen. Los órganos, que reconocemos como naturalmente sexuales, son ya el producto de una tecnología sofisticada que prescribe el contexto en el que los

⁸ Las expresiones «F2M» (Female to Male) y «M2F» (Male to Female) son fórmulas de autodenominación surgidas de la comunidad transexual anglosajona para nombrar, respectivamente, las personas en transición hormonal y/o quirúrgica hacia la masculinidad o la feminidad.

⁹ Monique Wittig, *La pensée straight*, op. cit., p. 97.

órganos adquieren su significación (relaciones sexuales) y se utilizan con propiedad, de acuerdo a su «naturaleza» (relaciones heterosexuales). Los contextos sexuales se establecen por medio de delimitaciones espaciales y temporales sesgadas. La arquitectura es política. Es la que organiza las prácticas y las califica: públicas o privadas, institucionales o domésticas, sociales o íntimas.

Volvemos a encontrar esta gestión del espacio en un nivel corporal. La exclusión de ciertas relaciones entre géneros y sexos, así como la designación de ciertas partes del cuerpo como no-sexuales (más particularmente el ano; como Deleuze y Guattari han señalado «el primero de todos los órganos en ser privatizado, colocado fuera del campo social»¹⁰) son las operaciones básicas de la fijación que naturaliza las prácticas que reconocemos como sexuales. La arquitectura corporal es política.

La práctica del *fist-fucking* (penetración del ano con el puño), que conoció un desarrollo sistemático en el seno de la comunidad gay y lesbiana desde los años 70, debe considerarse como un ejemplo de alta tecnología contra-sexual. Los trabajadores del ano son los nuevos proletarios de una posible revolución contra-sexual.

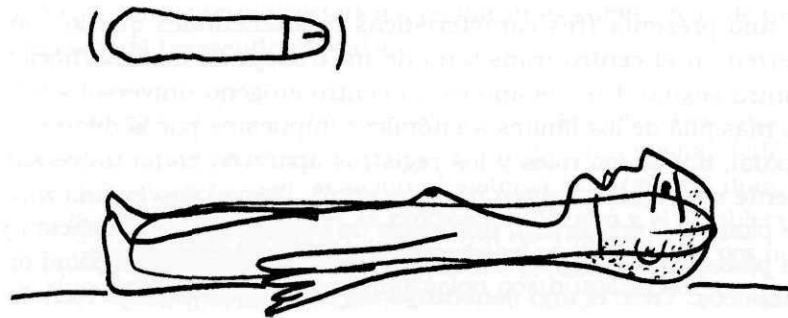
El ano presenta tres características fundamentales que lo convierten en el centro transitorio de un trabajo de deconstrucción contra-sexual. Uno: el ano es un centro erógeno universal situado más allá de los límites anatómicos impuestos por la diferencia sexual, donde los roles y los registros aparecen como universalmente reversibles (¿quién no tiene ano?). Dos: el ano es una zona de pasividad primordial, un centro de producción de excitación y de placer que no figura en la lista de puntos prescritos como orgásmicos. Tres: el ano constituye un espacio de trabajo tecnológico; es una fábrica de reelaboración del cuerpo contra-sexual posthumano. El trabajo del ano no apunta a la reproducción ni se funda en el establecimiento de un nexo romántico. Genera beneficios que no pueden medirse dentro de una economía heterocentrada. Por el ano, el sistema tradicional de la representación sexo/género *se caga*.

¹⁰ Giles Deleuze y Félix Guattari, *El Anti Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*, traducción de Francisco Monge, Barcelona, Ediciones Paidós, p. 148.

La recuperación del ano, como centro contra-sexual de placer, tiene puntos comunes con la lógica del dildo: cada lugar del cuerpo no es solamente un plano potencial donde el dildo puede trasladarse, sino también un orificio-entrada, un punto de fuga, un centro de descarga, un eje virtual de acción-pasión.

Las prácticas S&M, así como la creación de pactos contractuales que regulan los roles de sumisión y dominación, han hecho manifiestas las estructuras eróticas de poder sub-yacentes al contrato que la heterosexualidad ha impuesto como natural. Por ejemplo, si el papel de la mujer en el hogar, casada y sumisa, se reinterpreta constantemente en el contrato S&M, es porque el rol tradicional «mujer casada» supone un grado extremo de sumisión, una esclavitud a tiempo completo y para toda la vida.

Parodiando los roles de género naturalizados, la sociedad contra-sexual se hace heredera del saber práctico de las comunidades S&M, y adopta el contrato contra-sexual temporal como forma privilegiada para establecer una relación contra-sexual.



Principios de la sociedad contra-sexual

ARTÍCULO 1

La sociedad contra-sexual demanda que se borre de las denominaciones «masculino» y «femenino» correspondientes a las categorías biológicas (varón/mujer, macho/hembra) del carné de identidad, así como de todos los formularios administrativos y legales de carácter estatal. Los códigos de la masculinidad y de la feminidad se convierten en registros abiertos a disposición de los cuerpos parlantes en el marco de contratos consensuados temporales.

ARTÍCULO 2

Para evitar la reapropiación de los cuerpos como femenino o masculino en el sistema social, cada nuevo cuerpo (es decir, cada nuevo contratante) llevará un nuevo nombre que escape a las marcas de género, sea cual fuese la lengua empleada. En un primer momento, y con el fin de desestabilizar el sistema heterocentrado, es posible elegir un nombre del sexo opuesto o utilizar alternativamente un nombre masculino y un nombre femenino. Por ejemplo, alguien que se llame Julio utilizará el correspondiente femenino Julia, y viceversa. Los José Marías podrán utilizar María José, y viceversa.

ARTÍCULO 3

Tras la invalidación del sistema de reproducción heterocentrado, la sociedad contra-sexual demanda:

- la abolición del contrato matrimonial y de todos sus sucedáneos liberales, como el contrato de parejas de hecho o el PACS (equivalente legal común para homosexuales y heterosexuales en Francia), que perpetúan la naturalización de los roles sexuales. Ningún contrato sexual podrá tener como testigo al Estado.

- la abolición de los privilegios sociales y económicos derivados de la condición masculina o femenina —supuestamente natural— de los cuerpos parlantes en el marco del régimen heterocentrado.

- la abolición de los sistemas de transmisión y el legado de los privilegios patrimoniales y económicos adquiridos por los cuerpos parlantes en el marco del sistema heterocentrado.

ARTÍCULO 4

La re-significación contra-sexual del cuerpo se hará operativa con la introducción gradual de determinadas políticas contra-sexuales. Uno, la universalización de las prácticas estigmatizadas como abyectas en el marco del heterocentrismo. Dos, será necesario poner en marcha equipos de investigación contra-sexuales *hightech*, de manera que se puedan encontrar y proponer nuevas formas de sensibilidad y de afecto.

Se pondrán socialmente en marcha una serie de prácticas contra-sexuales para que el sistema contra-sexual tenga efecto:

- resexualizar el ano (una zona del cuerpo excluida de las prácticas heterocentradas, considerada como la más sucia y la más abyecta) como centro contra-sexual universal.

- difundir, distribuir y poner en circulación prácticas subversivas de re-citación de los códigos, de las categorías de la masculinidad y de la feminidad naturalizadas en el marco del sistema heterocentrado. La centralidad del pene, como eje de significación del poder en el marco del sistema heterocentrado, requiere un inmenso trabajo de re-significación y de deconstrucción. Por esto, durante el primer período de establecimiento de la sociedad contra-sexual, el dildo y todas sus variaciones sintácticas

—tales como dedos, lenguas, vibradores, pepinos, zanahorias, brazos, piernas, el cuerpo entero, etc.—, así como sus variaciones semánticas —tales como puros, pistolas, porras, dólares, etc.—, serán utilizadas por todos los cuerpos o sujetos parlantes en el marco de los contratos contra-sexuales ficticios, reversibles y consensuados.

- parodiar y simular de manera sistemática los efectos habitualmente asociados al orgasmo, para así subvertir y transformar una reacción natural ideológicamente construida. En el régimen heterocentrado, la limitación y la reducción de las zonas sexuales son el resultado de las definiciones disciplinarias médicas y psicosexuales de los supuestos órganos sexuales, así como de la identificación del pene y del supuesto punto G como centros orgásmicos. En todos estos puntos, la producción del placer depende de la excitación de una sola zona anatómica, fácilmente localizable en los hombres, pero de difícil acceso, eficacia variable e incluso existencia dudosa en las mujeres.

El orgasmo, efecto paradigmático de la producción-represión heteronormativa que fragmenta el cuerpo y localiza el placer, será parodiado sistemáticamente gracias a diversas disciplinas de simulación y repeticiones en serie de los efectos tradicionalmente asociados con el placer sexual (ver las prácticas de inversión contra-sexuales). La simulación del orgasmo equivale a una desmentida de las localizaciones espaciales y temporales habituales del placer. Esta disciplina contra-sexual se desarrolla en el sentido de una transformación general del cuerpo, similar a las conversiones somáticas, a las prácticas de meditación extrema, a los rituales propuestos en el *body art* y en determinadas tradiciones espirituales. Los trabajos de Ron Athey, Annie Sprinkle, Fakir Mustafa, Zhang Huan, Bob Flanagan, etc., constituyen ejemplos y anticipaciones de esta disciplina contra-sexual.

ARTÍCULO 5

Toda relación contra-sexual será el resultado de un contrato consensual firmado por todos los participantes. Las relaciones sexuales sin contrato serán consideradas como violaciones. Se pe-

dirá a todo cuerpo parlante que explicita las ficciones naturalizantes (matrimonio, pareja, romanticismo, prostitución, celos...) que fundamentan sus prácticas sexuales.

La relación contra-sexual será válida y efectiva por un período de tiempo limitado (contrato temporal) que nunca podrá corresponder a la totalidad de la vida de los cuerpos o sujetos de habla. La relación contra-sexual se funda en la equivalencia y no en la igualdad. Se requerirán la reversibilidad y los cambios de roles, de manera que el contrato contra-sexual nunca pueda desembocar en relaciones de poder asimétricas y naturalizadas.

La sociedad contra-sexual instituye la obligación de prácticas contra-sexuales, organizadas socialmente en el seno de grupos libremente compuestos a los que cualquier cuerpo parlante puede incorporarse. Cualquier cuerpo tiene la posibilidad de rechazar su derecho a pertenecer a una o varias comunidades contra-sexuales.

ARTÍCULO 6

La sociedad contra-sexual declara y exige la separación absoluta de las actividades sexuales y de las actividades de reproducción. Ningún contrato contra-sexual conducirá al acto de reproducción. La reproducción será libremente elegida por cuerpos susceptibles de embarazo o por cuerpos susceptibles de donar espermatozoides. Ninguno de esos actos reproductivos establecerá un lazo de filiación parental «natural» entre los cuerpos reproductores y el cuerpo recién nacido. Todo cuerpo recién nacido tendrá derecho a una educación contra-sexual.

Los métodos de contracepción y prevención de enfermedades se distribuirán por todas partes, siendo obligatorios para todo cuerpo parlante en edad de participar en la reproducción. El establecimiento de unidades sexuales de investigación sobre la prevención de enfermedades, así como la distribución gratuita y universal de los medios de prevención son las condiciones necesarias para crear y desarrollar un sistema contra-sexual de producción y reproducción.

ARTÍCULO 7

La contra-sexualidad denuncia las actuales políticas psiquiátricas, médicas y jurídicas, así como los procedimientos administrativos relativos al cambio de sexo. La contra-sexualidad denuncia la prohibición de cambiar de género (y nombre), así como la obligación de que todo cambio de género deba estar acompañado de un cambio de sexo (hormonal o quirúrgico). La contra-sexualidad denuncia el control de las prácticas transexuales por las instituciones públicas y privadas de carácter estatal heteronormativo que imponen el cambio de sexo de acuerdo con modelos anatómico-políticos fijos de masculinidad y feminidad. No hay razón política que justifique que el Estado deba ser garante de un cambio de sexo y no de una cirugía estética de nariz, por ejemplo.

En la sociedad contra-sexual, las operaciones de cambio de sexo constituirán una especie de cirugía de utilidad pública, impuesta o elegida. Estas operaciones nunca servirán para que los cuerpos puedan remitir de nuevo a la idea de una coherencia masculina o femenina. La contra-sexualidad pretende ser una tecnología de producción de cuerpos no heterocentros. Los equipos de investigación en tecnología contra-sexual estudian y promueven, entre otras, las siguientes intervenciones:

- exploración virtual de los cambios de género y de sexo gracias a distintas formas de travestismo: *cross-dressing*, *internet-drag*, identidad ciber, etc.
- producción *in-vitro* de un ciber-clitoris para implantar en distintas partes del cuerpo.
- transformación de diferentes órganos del cuerpo en dildo-injertos.

ARTÍCULO 8

La contra-sexualidad reivindica la comprensión del sexo y del género como cibertecnologías complejas del cuerpo. La contra-sexualidad, sacando partido de las enseñanzas de Donna Haraway, apela a una *queerización* urgente de la «naturaleza»

(<http://muse.jhu.edu/journals/configuration/v002/2.1haraway>). Las sustancias llamadas «naturales» (testosterona, estrógeno, progesterona), los órganos (las partes genitales macho y hembra) y las reacciones físicas (erección, eyaculación, orgasmo, etc.) deberían considerarse como poderosas «metáforas políticas» cuya definición y control no pueden dejarse ni en manos del Estado ni de las instituciones médicas y farmacéuticas heteronormativas.

La sofisticación de la mayor parte de las ramas de la medicina terapéutica y de la cibernética (xenotransplantes, prótesis cibernéticas visuales y auditivas, etc.) contrasta con el subdesarrollo de las tecnologías que permiten modificar los órganos (faloplastia, vaginoplastia...) y las prácticas sexuales (tomemos, por ejemplo, la escasa evolución del preservativo en los últimos 2.000 años). La meta de las actuales biotecnologías es la estabilización de las categorías heteronormativas de sexo y de género (que va de la erradicación de las anormalidades sexuales, consideradas como monstruosidades en el nacimiento o antes del nacimiento, a las operaciones en el caso de personas transexuales). La testosterona, por ejemplo, es la metáfora bio-social que autoriza el paso de un cuerpo denominado femenino a la masculinidad. Es necesario considerar las hormonas sexuales como drogas político-sociales cuyo acceso no debe ser custodiado por las instituciones estatales heteronormativas.

ARTÍCULO 9

El control y la regulación del tiempo son cruciales para la concepción y la mejora de las prácticas contra-sexuales. La sociedad contra-sexual decreta que las actividades contra-sexuales se considerarán como un trabajo social que, al mismo tiempo, será un derecho y una obligación para cualquier cuerpo (o sujeto parlante), y que estas actividades se practicarán regularmente un cierto número de horas al día (a determinar según el contexto).

ARTÍCULO 10

La sociedad contra-sexual demanda la abolición de la familia nuclear como célula de producción, de reproducción y de consumo.

La práctica de la sexualidad en parejas (es decir, en agrupaciones discretas de individuos de distinto sexo superiores a uno e inferiores a tres) está condicionada por los fines reproductivos y económicos del sistema heterocentrado. La subversión de la normalización sexual, cualitativa (hetero) y cuantitativa (dos) de las relaciones corporales se pondrá en marcha, sistemáticamente, gracias a las prácticas de inversión contra-sexuales, a las prácticas individuales y a las prácticas de grupo que se enseñarán y promoverán mediante la distribución gratuita de imágenes y textos contra-sexuales (cultura contra-pornográfica).

ARTÍCULO 11

La sociedad contra-sexual establecerá los principios de una arquitectura contra-sexual. La concepción y la creación de espacios contra-sexuales estarán basadas en la deconstrucción y en una re-negociación de la frontera entre la esfera pública y la esfera privada. Esta tarea implica deconstruir la casa como espacio privado de producción y de reproducción heterocentrada.

ARTÍCULO 12

La sociedad contra-sexual promueve la modificación de las instituciones educativas tradicionales y el desarrollo de una pedagogía contra-sexual *high-tech* con el fin de maximizar las superficies eróticas, de diversificar y mejorar las prácticas contra-sexuales. La sociedad contra-sexual favorece el desarrollo del saber-placer y de las tecnologías dirigidas a una transformación radical de los cuerpos y a una interrupción de la historia de la humanidad como naturalización de la opresión (naturalización de la clase, la raza, el sexo, el género, la especie, etc.).

ARTÍCULO 13

La sociedad contra-sexual demanda la consideración de todo acto de sexualidad potencialmente como un trabajo y, por tanto, el reconocimiento de la prostitución como una forma legítima de trabajo sexual. La prostitución solo podrá ejercerse entrando en un contrato libre y consensual en que una de las partes se define

como comprador de trabajo sexual y la otra como vendedor de ciertos servicios sexuales. Todas los trabajadores y trabajadoras sexuales tendrán derecho al trabajo libre e igualitario, sin coacción ni explotación, y deberán beneficiarse de todos los privilegios legales, médicos y económicos de cualquier asalariado del mismo territorio. La contra-sexualidad busca generar una contra-producción de placer y de saber en el marco de un sistema de contra-economía contra-sexual. Por esta razón, la publicación de imágenes y de textos contra-sexuales (contra-pornografía), así como la contra-prostitución, se considerarán como artes y disciplinas. Se prevé la formación de centros universitarios destinados al aprendizaje de las diferentes disciplinas contra-sexuales.

En el marco de la sociedad contra-sexual, los cuerpos parlantes se llamarán «postcuerpos» o *wittigs*.

Contrato contra-sexual (ejemplo)

Voluntaria y corporalmente, yo,
renuncio a mi condición natural de hombre ☐ o de mujer ☐, a todo privilegio (social, económico, patrimonial) y a toda obligación (social, económica, reproductiva) derivados de mi condición sexual en el marco del sistema heterocentrado naturalizado.

Me reconozco y reconozco a los otros como cuerpos parlantes y acepto, de pleno consentimiento, no mantener relaciones sexuales naturalizantes, ni establecer relaciones sexuales fuera de contratos contra-sexuales temporales y consensuados.

Me reconozco como un productor de dildos y como transmisor y difusor de dildos sobre mi propio cuerpo y sobre cualquier otro cuerpo que firme este contrato. Renuncio de antemano a todos los privilegios y a todas las obligaciones que podrían derivarse de las desiguales posiciones de poder generadas por la re-utilización y la re-inscripción del dildo.

Me reconozco como ano y como trabajador del culo.

Renuncio a todos los lazos de filiación (maritales o parentales) que me han sido asignados por la sociedad heterocentrada, así como a los privilegios y a las obligaciones que de ellos se derivan.

Renuncio a todos mis derechos de propiedad sobre mis flujos seminales o producciones de mi útero. Reconozco mi derecho a usar mis células reproductivas únicamente en el marco de un contrato libre y consensuado, y renuncio a todos mis derechos de propiedad sobre el cuerpo parlante generado por dicho acto de reproducción.

El presente contrato es válido por una duración de meses (renovable).

En a de de núm. de ejemplares.....

Firma

Para recibir y firmar su contrato por correo electrónico: preciado@princeton.edu

Prácticas de inversión contra-sexual

Después, y de un modo más drástico, amenaza la suposición según la cual el cuerpo orgánico es el contexto propio de la sexualidad.

El dildo, lejos de estabilizar la identidad sexual y la identidad de género de aquel/aquella que lo lleva (tanto si es considerado como una imitación o como una parodia), provoca una cadena de identificaciones y de negaciones sucesivas. En tanto que objeto atado a la carne, reestructura la relación entre el adentro y el afuera, entre lo pasivo y lo activo, entre el órgano natural y la máquina (ver capítulo sobre tecnologías del sexo). Como objeto móvil, que es posible desplazar, desatar y separar del cuerpo, y caracterizado por la reversibilidad en el uso, amenaza constantemente la estabilidad de las oposiciones dentro/fuera, pasivo/activo, órgano natural/máquina, penetrar/cagar, ofrecer/tomar...

El lado barato y de usar y tirar del dildo desmitifica el vínculo habitualmente establecido entre el amor y el sexo, entre reproducción de la vida y placer. He aquí un objeto que debe hervir a alta temperatura para estar bien limpio, que puede regalarse, tirarse a la basura o servir de pisapapeles. El amor se va, el amor vuelve, las parejas sexuales van y vienen, pero el dildo siempre está ahí, como superviente del amor. Como el amor, es tránsito, y no esencia.

Al reconfigurar los límites erógenos del cuerpo follador/follado, el dildo viene a poner en cuestión la idea de que los límites de la carne coinciden con los límites del cuerpo. Perturba de este modo la distinción entre sujeto sensible y objeto inanimado. Al poder separarse, resiste a la fuerza con la que el cuerpo se apropia para sí mismo del placer, como si este fuese algo que viniera del propio cuerpo. El placer que procura el dildo pertenece al cuerpo solo en la medida en que es re-apropiación, solo porque este está «atado». El dildo plantea la cuestión de la muerte, de la simulación y de la falsedad en el sexo. Inversamente, obliga a interrogarse sobre la vida, la verdad y la subjetividad en el sexo. El dildo que goza sabe que el placer (todo placer sexual) nunca es dado o tomado, que nunca está ahí, que nunca es real, que siempre es incorporación y reapropiación.

Breve genealogía de los juguetes sexuales o de cómo Butler descubrió el vibrador

En su proyecto de la *Historia de la sexualidad* (que hoy sería quizás más preciso denominar «historia del biopoder»), Foucault identificó cuatro dispositivos que nos permiten comprender la sexualidad como el producto de tecnologías positivas y productivas, y no como el resultado negativo de tabúes, represiones, prohibiciones legales. Estas cuatro grandes tecnologías de la sexualidad son según Foucault: la histerización del cuerpo de la mujer, la pedagogización del sexo del niño, la socialización de las conductas procreadoras y la psiquiatrización del placer perverso.

El análisis de los dispositivos de construcción de las sexualidades llamadas normales y desviadas pertenecería al estudio de esa zona que Deleuze y Donzelot llaman «lo social». «El sector social —dice Deleuze en su prefacio a *La Police des Familles*— no se confunde con el sector judicial, incluso si éste le dota de nuevas extensiones. Donzelot mostrará que lo social tampoco se confunde con el sector económico, puesto que, precisamente, inventa toda una economía social y recorta sobre nuevas bases las distinciones de rico y pobre. Tampoco con el sector público o el sector privado, puesto que induce al contrario una nueva figura híbrida de lo público y de lo privado, y produce él mismo una repartición, un entrelazamiento original de las intervenciones del Estado y sus retiradas, sus car-

gas y sus descargas.»¹⁵ La definición de este espacio «social» no incumbe ni a la antropología ni a la sociología, sino que constituye una crítica interna de la estructura de las ciencias humanas, tal como las conocemos en el campo universitario y en las instituciones de producción y de transmisión del saber. Esta pone en cuestión la posibilidad de continuar trabajando con categorías como «hombre», «humano», «mujer», «sexo», «raza», que no son sino el producto performativo del trabajo disciplinario emprendido por las ciencias humanas desde el siglo XVII.

Foucault había planeado la publicación de un volumen de su proyecto de *Historia de la sexualidad* dedicado al estudio de las figuras de la mujer, de la madre y de la histérica. Según el propio Foucault, este volumen se habría destinado a analizar la «sexualización del cuerpo de la mujer, los conceptos de la patología generados por esta sexualización y a la inserción del cuerpo en una perspectiva que le dota de significación para la política social»¹⁶. Finalmente no llegará a desarrollar sino una tímida genealogía de los dispositivos de la sexualidad que operan en la producción de los cuerpos de las mujeres en sus cursos del Collège de France de 1974 y 1975, y no tendrá tiempo de esbozar los argumentos que le hubieran permitido trazar un análisis diferencial de los dispositivos que llevan a cabo las diferentes inscripciones sexuales del cuerpo femenino, tan diferentes como la heterosexual o la lesbiana, la casada o la solterona, la frígida o la ninfómana, la casta o la prostituta...

Si algún trabajo ha sido llevado a cabo en esta dirección, este esfuerzo ha surgido de los análisis feministas y post-feministas *queer*. El llamado Second Wave Feminism americano llegó a elaborar la noción de «género» en tanto que construcción social, fabricación histórica y cultural que no estaría determinada por una verdad o un substrato ni natural ni ontológico. En esta línea constructivista quizás el esfuerzo más interesante de los últimos años ha sido el llevado a cabo por la teoría performativa de Judith Butler. No entraré aquí en una lectura interpretativa de las teorías

¹⁵ Jacques Donzelot, *La Police des Familles*, 1977. Prefacio de Gilles Deleuze, p. I-II.

¹⁶ Michel Foucault, «On the Genealogy of Ethics: and Overview of Work in Progress» (1983), en Michel Foucault: *Ethics subjectivity and truth. The essential works of Foucault 1954-1984*, op. cit., p. 85.

sobre la identidad sexual que Butler desarrolla tanto en *Gender Trouble* como en *Bodies that Matter* entre 1990 y 1993. Por el contrario, me limitaré a interrogar ciertas «figuras», y en concreto la de la *drag queen*, que sirven a su análisis (o más bien de las que el análisis se sirve) y que a mi parecer señalan los límites de ciertas nociones performativas.

El éxito argumentativo de la teoría del género de Butler ha dependido en gran medida de la eficacia con la que la performance de la *drag queen* le ha permitido desenmascarar el carácter imitativo del género. Butler, apoyándose en el estudio antropológico llevado a cabo a principios de los años setenta sobre el travestismo en América realizado por Esther Newton¹⁷, enuncia una oda a los efectos paródicos y desnaturalizadores que produce la teatralización de la feminidad de la *drag queen*. Según Butler, la performance de la *drag queen* pone de manifiesto los mecanismos culturales que producen coherencia de la identidad heterosexual y que aseguran la relación entre sexo anatómico y género. Así, es la performance de la *drag queen* la que le permite a Butler concluir que la heterosexualidad es una parodia de género sin original en la que las posiciones de género que creemos naturales (masculinas o femeninas) son el resultado de imitaciones sometidas a regulaciones, repeticiones y sanciones constantes.

Más aún en una segunda vuelta argumentativa, especialmente intensa a partir de 1993, Butler se esfuerza por redefinir la performance teatral en términos de performatividad lingüística. Así concluirá que los enunciados de género, desde los pronunciados en el nacimiento como «es un niño» o «es una niña», hasta los insultos como «maricón» o «marimacho» no son enunciados constatativos, no describen nada. Son más bien enunciados performativos (o realizativos), es decir, invocaciones o citas ritualizadas de la ley heterosexual. Si esta línea de análisis ha sido extremadamente productiva especialmente para la generación de estrategias políticas de auto-denominación, así como en operaciones de re-significación y re-apropiación de la injuria *queer*, es sin embargo proble-

¹⁷ En el estudio de Newton los «travestis» son generalmente de origen caribeño y de clase baja —factores que pasan desapercibidos en el análisis de Butler—. Ver: Esther Newton, *Female Impersonators in America*, University of Chicago Press, 1972.

mática, en cuanto que completa el proceso, ya iniciado en *Gender Trouble*, de reducción de la identidad a un efecto del discurso, ignorando las formas de incorporación específica que caracterizan distintas inscripciones performativas de la identidad.

Durante todo este proceso argumentativo, Butler parece haber puesto entre paréntesis tanto la materialidad de las prácticas de imitación como los efectos de inscripción sobre el cuerpo que acompañan a toda performance¹⁸. Así por ejemplo, Butler utiliza el caso de Venus Extravaganza, una de las protagonistas de la película documental *Paris is burning*, en *Bodies that Matter* sin tener en cuenta que Venus ha iniciado ya un proceso de transexualidad prostética, y que vive de un trabajo de prostitución sexual en el que utiliza tanto sus senos de silicona como su *penis* «natural» y por último olvida que Venus no es un(a) ciudadan(a) blanc(a) americano(a), sino un travesti de color y de origen latino. Finalmente, más allá de todo efecto previsible de violencia performativa, Venus será asesinada en Nueva York por un cliente, haciendo aún más cruda la realidad que el análisis de Butler había pasado por alto.

La noción butleriana de «performance de género», así como la aún más sofisticada «identidad performativa», se deshace prematuramente del cuerpo¹⁹ y de la sexualidad haciendo imposible un análisis crítico de los procesos tecnológicos de inscripción que hacen que las performances «pasen» como naturales o no. Y es precisamente esta imposibilidad de pasar (pasar por mujer, pasar por americana, pasar por blanca) la que va a conducir a la muerte a Venus Extravaganza. Es por ello que las comunidades transgénero y transexuales americanas van a ser las primeras en criticar la instrumentalización de la performance de la *drag queen* en la teoría de Butler como ejemplo paradigmático de la producción de la identidad performativa²⁰.

¹⁸ De algún modo, si la noción de «técnica» había permitido a Foucault pasar de los discursos a las prácticas, la noción de performatividad recorre en Butler un camino opuesto, llevando desde las performances a los discursos.

¹⁹ A pesar de que sería posible argumentar una relación estructural entre esta noción butleriana de performance y la utilización de la performance como instrumento político en el feminismo de los setenta y en el *body art*.

²⁰ Para un resumen de estas críticas ver: Jay Prosser, *Second Skins: The Body Narratives of Transsexuality*, New York, Columbia University Press, 1998.

Butler, al haber acentuado la posibilidad de cruzar los límites de los géneros por medio de performances de género, habría ignorado los procesos corporales y especialmente las transformaciones que suceden en los cuerpos transgénero y transexuales, así como las técnicas de estabilización del género y del sexo que operan en los cuerpos heterosexuales²¹. Lo que las comunidades transexuales y transgénero han puesto sobre la mesa no son tanto performances teatrales o de escenario a través de los géneros (*cross-gender*), sino transformaciones físicas, sexuales, sociales y políticas de los cuerpos fuera de la escena, dicho de otro modo, tecnologías precisas de trans-incorporación: clitoris que crecerán hasta transformarse en órganos sexuales externos, cuerpos que mutarán al ritmo de dosis hormonales, úteros que no procrearán, próstatas que no producirán semen, voces que cambiarán de tono, barbas, bigotes y pelos que cubrirán rostros y pechos inesperados, dildos que tendrán orgasmos, vaginas reconstruidas que no desearán ser penetradas por un pene, prótesis testiculares que hervirán a cien grados y que podrán incluso fundirse en el microondas...

Estoy sugiriendo que quizás si las hipótesis del llamado «constructivismo de género» han sido aceptadas sin producir transformaciones políticas significativas, podría ser precisamente porque dicho constructivismo depende de y mantiene una distinción entre sexo y género que viene a hacer efectiva la oposición tradicional entre cultura y naturaleza, y por extensión entre tecnología y naturaleza. La necesidad de luchar contra formas normativas de esencialismo de género de toda índole habría hecho al feminismo y el post-feminismo de los noventa víctima de su propia depuración discursiva.

En mi opinión, existe una brecha teórica y política entre la afirmación de Simone de Beauvoir «no se nace mujer, se deviene» y la declinación de esa máxima por Monique Wittig, en el artículo que llevará por nombre, precisamente, «No se nace mujer». Cuando Wittig afirma en 1981 que «las lesbianas no son muje-

²¹ La oposición de Prosser entre transiciones «discursivas» y «corporales» pone de manifiesto la insuficiencia de los análisis de la performance de género para dar cuenta de las incorporaciones concretas de la sexualidad y el género.

res», se trata no solamente de señalar el carácter construido del género, sino más aún de reclamar la posibilidad de intervenir en esta construcción hasta el punto de abrir líneas de deriva con respecto a un devenir que se impone, si no como natural, al menos como socialmente normativo o incluso como simbólicamente preferente²².

Mi esfuerzo consiste en un intento de escapar al falso debate esencialismo-constructivismo (dicho de otro modo, a la oposición tradicional naturaleza-cultura, hoy rebautizada naturaleza-tecnología), en confrontar los instrumentos analíticos tanto de la teoría queer como de las filosofías post-estructurales (e incluyo aquí tanto la deconstrucción como la genealogía foucaultiana o el esquizoanálisis de Deleuze y Guattari) a ciertos órganos y objetos improprios a los que ni el feminismo ni la teoría *queer* han querido o han podido dar respuesta. Lo he intentado en el precedente capítulo analizando el dildo y lo haré en el próximo al estudiar algunos órganos sexuales quirúrgicamente reconstruidos u hormonalmente transformados. En este capítulo atacaré especialmente a las tecnologías implicadas en la represión y la producción del orgasmo, las que anteceden y prefiguran los «sex toys» (juguetes sexuales) contemporáneos, que hasta ahora habían sido considerados como instrumentos fetichistas.

Esta confrontación forzada avanza en dirección de un «meta-constructivismo» no solo del género sino y sobre todo del sexo, es decir, en dirección de una reflexión sobre los límites del constructivismo; y prefigura una cierta forma de materialismo o empirismo radical queer. Es también una respuesta a la necesidad, tras un momento de concentración en torno a la identidad y sus políticas, de volver sobre las prácticas, sobre lo que Foucault hubiera llamado el «conjunto de los modos de hacer sexo», modos por los que el cuerpo es construido y se construye como «identidad»²³.

²² Me refiero aquí a la ambigüedad con la que ciertas teorías psicoanalíticas, como la de Julia Kristeva, adoptan esquemas constructivistas del género al mismo tiempo que privilegian modelos tradicionales de feminidad (maternales y pre-lingüísticos).

²³ Esta atención a las prácticas, a lo que «se hace», era ya una constante de la arqueología foucaultiana.

En un intento precisamente de interrogar los límites de la teoría queer, voy a partir de una reflexión en torno a estos órganos y objetos improprios relacionados con la represión o la producción del placer sexual. Estas «máquinas sexuales» que identificaré como estructuralmente vecinas del dildo, existen en una zona intermedia entre los órganos y los objetos. Se asientan, inestablemente, sobre la articulación misma naturaleza-tecnología.

Este conjunto de máquinas sexuales nos permitirán comenzar una reflexión sobre los efectos de transformación de la carne implicados en toda invocación performativa de la identidad sexual, y finalmente nos conducirá al intento de re-formular la identidad de género en términos de incorporación prostética. Entremos en este debate recordando la enigmática frase de Georges Canguilhem en *La Connaissance de la Vie*, «las máquinas pueden ser consideradas como órganos de la especie humana». Este capítulo nos conducirá a interrogarnos sobre qué clase de órganos-máquina son los órganos sexuales de esta especie que hoy denominamos post-humana.

* * *

En el estudio de la relación entre los cuerpos y los objetos sexuales, Gayle Rubin, más que Foucault aparece como una figura iniciática. Las memorias de Rubin sobre los orígenes de Samois, la primera organización S&M lesbiana fundada en 1978 en San Francisco, recogen su fascinación por algunas de las «fabricaciones extraordinarias de placer» y algunos de los «instrumentos» que participaban en los «usos desexualizados y desvirilizados de los cuerpos» a los que Foucault se había referido con admiración en diversas ocasiones. «No veo cómo se puede hablar de fetichismo y de sadomasoquismo —explica Rubin— sin pensar en la producción del caucho, en las técnicas usadas para guiar y montar a caballo, en el betún brillante de las botas militares, sin reflexionar sobre la historia de las medias de seda, sobre el carácter frío y autoritario de los vestidos medievales, sobre el atractivo de las motos y la libertad fugaz de abandonar la ciudad por carreteras enormes. Cómo pensar sobre el fetichismo sin pensar en el impacto de la ciudad, en la creación de ciertos parques y calles, en

los "barrios chinos" y sus entretenimientos "baratos", o la seducción de las vitrinas de los grandes almacenes que apilan bienes deseables y llenos de *glamour*. Para mí, el fetichismo suscita toda una serie de cuestiones relacionadas con cambios en los modos de producción de objetos, con la historia y la especificidad social del control, de la destreza y de las "buenas maneras", o con la experiencia ambigua de las invasiones del cuerpo y de la graduación minuciosa de la jerarquía. Si toda esta información social compleja se reduce a la castración o al complejo de Edipo o a saber o no lo que se supone que uno debe saber, entonces se pierde algo importante²⁴.

Gayle Rubin, que a diferencia de Foucault no tiene miedo de adoptar como referencia los modos de producción del capital y la cultura popular, en lugar de volver a los griegos, apunta la posibilidad de considerar la sexualidad como parte de una historia más amplia de las tecnologías, que incluiría desde la historia de la producción de los objetos de consumo (motos, coches, etc.), la historia de la transformación de las materias primas (seda, plástico, cuero, etc.), a la historia del urbanismo (calles, parques, distritos, carreteras abiertas, etc.). Se trataría, por tanto, de repensar tanto el S&M como el fetichismo no tanto como perversiones marginales en relación con la sexualidad «normal» dominante, sino más bien como elementos esenciales de la producción moderna del cuerpo y de la relación de este con los objetos manufacturados. De este modo la historia de la sexualidad se desplaza desde el ámbito de la historia natural de la reproducción para formar parte de la historia (artificial) de la producción. Siguiendo esta intuición de Gayle Rubin voy a intentar reconstituir el lugar que ocupa el dildo en un entramado complejo de tecnologías de producción, de signos, de poder y finalmente de tecnologías del yo.

Es en este marco de análisis en el que me gustaría esbozar el desarrollo de un conjunto de tecnologías relacionadas con la producción de lo que hoy podríamos denominar el «placer sexual» y más específicamente en torno a lo que la sexología moderna ha

²⁴ Gayle Rubin, entrevista con Judith Butler, «Sexual Traffic», en *Feminism Meets Queer Theory*, Elisabeth Weed and Naomi Shor, ed., Indiana, Indiana University Press, 1997, p. 85.

dado en llamar «orgasmo», unidad última e irreductible del placer individual. Este breve análisis mostrará, primero, que la intervención (producción) tecnológica en (de) la sexualidad ha sido una práctica constante (si bien bajo modelos diferentes y discontinuos) de la modernidad. Por tanto, si cabe hablar de un cambio contemporáneo en la re/producción sexual este se hallaría en la transformaciones estratégicas de ciertas formas de incorporación tecnológica del sexo y no tanto en un paso (inquietante o alarmante, como suele calificarse en las narraciones apocalípticas de ciertos naturalismos) de una forma natural de sexualidad a una sexualidad tecnológica. En segundo lugar, ninguna de estas tecnologías debe ser considerada como un sistema total que vendría a producir absoluta y necesariamente ciertos «sujetos de placer». Más bien al contrario, estas tecnologías se mostrarán como estructuras fallidas (desbordando, por tanto, la noción misma de estructura) en las que ningún instrumento de dominación está a salvo de ser per-vertido y re-apropiado en el interior de lo que llamaré, siguiendo las intuiciones de Foucault, distintas «praxis de resistencia».

El análisis de ciertos instrumentos y objetos producidos durante el siglo XIX y principios del XX, como guantes para impedir el contacto de la mano y el clitoris, o los llamados «vibradores musculares», mostrará que el «placer sexual femenino» es el resultado del trabajo de dos dispositivos opuestos que operan de forma paralela desde finales del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XX: por una parte, las técnicas relacionadas con la represión de la masturbación y las técnicas de curación de la histeria. Voy a limitarme aquí a delinear esquemáticamente una posible genealogía de la producción del orgasmo femenino, sabiendo que sería posible llevar a cabo un análisis similar sobre la erección y la eyaculación masculinas como resultado del encuentro paradójico entre las técnicas de represión de la masturbación y los tratamientos destinados a la cura de la impotencia, la debilidad sexual y la homosexualidad.

Átame: tecnologías de la mano masturbadora

La representación del cuadro *Los cinco sentidos* de Theodore Rom-bout muestra cinco figuras, todas ellas masculinas. Tres de las figuras, que representan el Olfato, el Gusto y el Oído, son tres varones jóvenes y sanos. Los tres parecen absortos en cada una de sus experiencias sensoriales. No existe conexión visual entre el Olfato, el Oído y el Gusto. Por el contrario, una fuerte conexión se establece entre la Vista, representada por un viejo sabio que sujeta un par de anteojos, y el Tacto, un viejo que acaricia la cara de una estatua de piedra. Mientras que el Tacto reconoce la superficie de la cara con sus manos, la vista le mira con un gesto distante y elevado que parece abarcar tanto el Tacto como la cara que es tocada. El Tacto y la Vista están marcados por una asimetría epistemológica radical: el Tacto es ciego, mientras que la Vista toca con la mirada sin ser contaminada ni por lo particular, ni por la materia, es decir, la Vista supone un modo superior de la experiencia que no necesita ni de la mano ni de la piel²⁵. En la transición del tacto a la vista que marcará la emergencia de la modernidad filosófica, el tacto en tanto que sentido minusválido será literalmente contenido y efectivamente «impedido» por medio de una serie de instrumentos técnicos que mediarán la relación entre la mano y los órganos genitales, y que vendrán a regular las posibilidades inquietantes abiertas por la mano que se toca a sí misma y que convierte al individuo en su propio objeto de conocimiento, de deseo y placer. Detrás del problema de la ceguera, que estructura los debates sobre el conocimiento y la sensibilidad en Locke, Berkeley, Condillac, Buffon, Diderot y Voltaire, se esconde la mano moderna del masturbador.

Como Vern L. Bullogh muestra en el primer estudio detallado de la historia de la tecnologías sexuales²⁶, entre los siglos XVIII y XIX existe una enorme producción de aparatos e instrumentos dedi-

²⁵ La oposición entre el tacto y la visión ha estructurado las nociones modernas de ciencia y conocimiento. El tacto, como el amor, es asociado con la ceguera y por tanto con la falta de autonomía, con la enfermedad. Ver: *Modernity and the Hegemony of Vision*, D. M. Levin, ed., Berkeley, Berkeley University Press, 1993; y en *Visible Touch*, Terry Smith, ed., Sidney, Power Publications, 1997.

²⁶ Ver: Vern Bullough, *Sexual Variance in Society and History*, New York, Wiley, 1976.

cados a la prevención de lo que se dio en llamar «enfermedades producidas por la masturbación». Aunque la masturbación era conocida como un «vicio solitario» desde la Antigüedad y aunque ya en el tratado clásico de medicina de Sinibaldi, *Geneanthropeia* —frecuentemente considerado como el primer tratado de sexología—, aparece como la causa posible de diferentes afecciones, tales como «el estreñimiento, la joroba, el mal aliento o la congestión nasal»²⁷, no será hasta el siglo XVIII que la masturbación será construida médica e institucionalmente como una «enfermedad». Una de las primeras fuentes de la creencia en la insalubridad de la masturbación será el tratado inglés anónimo *Onania, the Heinous Sin of Self-Pollution*, publicado en Holanda en torno a 1710, y que presenta la «decadencia moral y física» a la que lleva lo que el relato denomina el «abuso de sí» (*self-abuse*).

Unos años más tarde, en 1760, el médico suizo Samuel Auguste Tissot publica *L'Onanisme. Dissertation sur le maladies produites par la masturbation*²⁸. Según la teoría de los humores de Tissot, la masturbación es ante todo una forma de *gâchis*, es decir, un derroche innecesario de la energía corporal que conduce inexorablemente a la enfermedad e incluso a la muerte. Este *gâchis* está presente no solo en la masturbación, sino también en «todo coito cuyo objetivo no es la procreación» y, por tanto, toda relación homosexual. Es importante señalar que, para Tissot, la masturbación no es una enfermedad en sí misma, sino un factor causal presente en un conjunto diverso de enfermedades, entre otras la epilepsia, la estupidez y la locura²⁹.

A pesar de las diferencias entre ambos tratados clásicos, existe un denominador común a *Onania* y a *L'Onanisme*: que llevan a cabo, respectivamente, la descripción de un proceso de degeneración

²⁷ Reay Tannahill, *Sex in History*, New York, Scarborough House/Publishers, 1992, p. 344.

²⁸ Tissot Samuel Auguste, *L'Onanisme, Dissertation sur les Maladies Produites par la Masturbation*, Lausanne, Grassset, 3.^a ed., 1764 (traducción al castellano, *El onanismo. Tratado de las enfermedades producidas por la masturbación y su tratamiento*, Barcelona, Estibíl, 1845).

²⁹ Así, por ejemplo, una de las pruebas, según Tissot, de que existe una relación causal entre masturbación y locura es la cantidad de «jóvenes masturbadores» que pueblan los asilos psiquiátricos en Francia y Suiza.

moral y su identificación patológica. Ambos señalan la aparición simultánea del sexo individual y de un conjunto de técnicas del yo mediante las que conocer, controlar y producir al individuo como sujeto de una identidad sexual. Ambos suponen un modelo del cuerpo individual como sistema auto-regulado, un circuito cerrado y finito de energía cuyo gasto puede ser puesto en peligro por la pérdida excesiva de ciertos fluidos corporales, como el agua, la sangre y el semen³⁰. La retórica del abuso de sí define un riesgo de contaminación y de enfermedad interno al propio circuito corporal del individuo. El peligro precede la comunidad y la relación sexual. La contaminación sucede en un nuevo espacio en el que la sexualidad se define: el individuo y su propio cuerpo. La falta de auto-control (*self-control*) y el exceso de auto-afección (*self-affection*), al amenazar el equilibrio de los fluidos energéticos del cuerpo individual, se transforman en abuso de sí y en auto-contaminación. Antes de que se haya producido algún tipo de relación sexual, el individuo se halla ya amenazado por una forma de contaminación de la que su propio cuerpo sería la única fuente.

Tissot, en un gesto sintomático de la aparición de una nueva forma de poder que Foucault identificará como «biopolítica», anticipa la producción del cuerpo vivo como «bien» y «mercancía» y la regulación de la sexualidad como la forma fundamental de la producción heterosexual de la vida. En este modelo físico de circuitos, fluidos y vasos comunicantes, la energía sexual no es sino una modalidad de la energía del cuerpo susceptible de ser transformada en fuerza física en el caso del trabajo o en fuerza de procreación en el caso de la actividad (hetero-)sexual³¹. Aquí, el placer es considerado como un simple sub-producto, una suerte de residuo, que resulta del consumo de esta energía sexual. La consecuencia de esta economía restrictiva de fluidos corporales y placeres sexuales —modelo que pasará a la teoría freudiana de los vasos comunicantes— es que, indirectamente, cualquier actividad productiva depende de un *surplus* de fluidos y de energías sexua-

³⁰ Las secreciones vaginales en este circuito energético ocupan precisamente una posición intermedia entre el agua, la sangre y el semen, sin alcanzar nunca el «poder activo» que el semen posee, según Tissot. Ver: S. Auguste Tissot, *op. cit.*, p. 75.

³¹ Pensemos en las repercusiones que esta definición del sexo como trabajo tendría para la re-definición de la prostitución.

les que puede ser di-vertido o per-vertido, en un sentido literal, que puede ser movilizado en una dirección diversa. Del mismo modo, como si se tratara de un efecto secundario de la misma ecuación física, cualquier energía mecánica puede transformarse en energía sexual. El trabajo y la sexualidad pertenecen así a un mismo circuito ergonómico en el que toda forma de capital puede convertirse en sexo y en el que todo trabajo sexual se vuelve capital (reproductivo). La circularidad de esta tecnología de la vida que, con Foucault, no dudaremos en denominar «sexualidad» se cierra con la garantía de la eficacia del coito heterosexual, del proceso de generación durante el embarazo y finalmente del parto como actividad que consiste en librar al mundo el resultado de dicho trabajo de reproducción. Esta es la tecnología de producción de los cuerpos heterosexuales que la mano masturbadora ha puesto en peligro y que habrá de ser disciplinada por un conjunto igualmente importante de tecnologías de represión.

Es preciso señalar que estas tecnologías del sexo y del género no existen aisladamente o de manera específica, sin formar parte de una biopolítica más amplia, que reúne tecnologías coloniales de producción del cuerpo-europeo-heterosexual-blanco. De este modo, el nuevo cuerpo masturbador, amenazado por una contaminación interna a sus propios límites, opera también como una metáfora fisiológica de los nuevos estatales modernos en pleno período de expansión colonial. La piel, sometida, del mismo modo que la frontera, a un proceso inmunológico de auto-protección y auto-demarcación, se convierte en la superficie de registro de las nuevas estrategias de formación de los estados soberanos europeos. La misma economía de regulación energética protege al cuerpo y al estado-nación de «deplorables maniobras solitarias» que podrían convertirse en un peligro para su seguridad y su reproducción. Así, por ejemplo, en Francia, durante el siglo XIX los movimientos anti-onanistas e higienistas interpretarán la masturbación no solo como un problema de «morbosidad individual», sino también como una forma de patología social, representando al masturbador como un «agente contaminador» en el conjunto del cuerpo social que amenaza la supervivencia de la raza blanca autóctona. Como ha señalado Vernon A. Rosario, un deslizamiento se ha producido entre Tissot y la Restauración (1814-30):

la imagen del masturbador ha pasado de la figura de la joven que debe ser protegida de sus vicios táctiles a la imagen del masturbador adulto recalcitrante y perverso (quizás homosexual) cuyo desinterés por la reproducción de la especie podría poner en peligro el futuro de la nación³².

Las teorías de la masturbación de Tissot alcanzarán América en el siglo XIX por medio de las obras de Benjamin Rush³³ y Edward Bliss Foote³⁴, que divulgarán la teoría según la cual la masturbación impide el intercambio del «magnetismo animal» entre los sexos. Sylvester Graham y John Harvey Kellogg, líderes de las firmas industriales emergentes de Harinas Graham's y Cornflakes Kellogg's, van a contribuir a la aplicación de dichas teorías de la masturbación y a la fabricación de diversos aparatos anti-onanistas. Durante este período de industrialización, asistiremos a una producción de diversos instrumentos tecnológicos dedicados a la regulación de las prácticas domésticas, una producción de la vida ordinaria que va desde los regímenes del desayuno a los regímenes del tacto sexual, de los Cornflakes Kellogg's a los cinturones anti-masturbatorios.

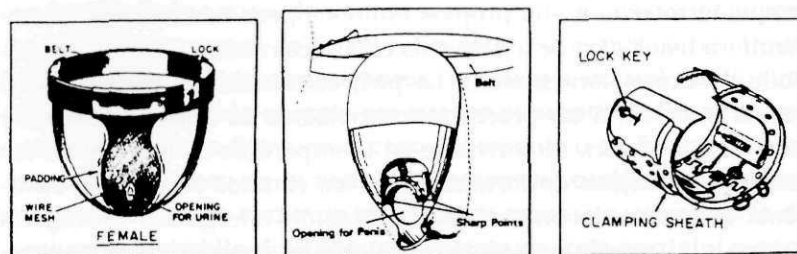


FIG. 1.—These illustrations have been drawn from those accompanying patent specifications in the Annual Reports of the U.S. Patent Office: Willard F. Main, no. 798,611 (1905) and R. A. Sonn, no. 826,377 (1905).

³² Ver: Vernon A. Rosario, *The Erotic Imagination: French Histories of Perversity*, New York, Oxford University Press, 1997.

³³ Benjamin Rush, *Inquiries and Observations upon the Diseases of the Mind*, Philadelphia, 1812.

³⁴ Edward B. Foote, *Plain Home Talk about the Human System*, New York, Wells and Co., 1871.

Domina, durante los siglos XVIII y XIX, una patologización del tacto y un privilegio de la vista como sentido apropiado al conocimiento y la acción racional. El tacto y la piel son los dos comunes denominadores a las dos formas de «contaminación» venéreas de la época. La piel se convierte en la superficie de inscripción en la que se escriben los signos de la desviación sexual. Las pústulas cutáneas son consideradas como los signos visuales comunes al vicio masturbador y a la promiscuidad sexual del sifilítico. El diagnóstico de ambas enfermedades implica reconocer antes de tocar y por tanto requiere una forma de conocimiento sin tacto. La piel parece traicionar la confidencialidad y la privacidad del nuevo cuerpo individual al actuar como un tejido que permite la visualización y la exhibición públicas, o bien como un texto que permite la lectura de los actos sexuales del individuo, de la masturbación a la histeria, de la homosexualidad a la sífilis³⁵. Los signos faciales del «vicio solitario» o de la «corona veneris» operan la traducción del tacto en visión, un proceso en el que la piel actúa como «interface»³⁶. De este modo, la piel burguesa europea, amenazada al mismo tiempo por el contagio sexual y por la contaminación colonial³⁷, actúa como el soporte fisiológico de una cierta porno-cartografía que permite al ojo leer, es decir, conocer a través de una mirada descodificadora la historia sexual sin necesidad de tocar.

Un análisis fenomenológico de los objetos diseñados para evitar el con-tacto pone de manifiesto la aparición de un nuevo órgano sexual, la mano, que amenaza la autonomía sexual de los órganos genitales. Bullough ha identificado más de 20 instrumentos distintos cuyo diseño tendría por objeto prevenir la masturbación y que fueron registrados como «cinturones de castidad» o como «instrumentos quirúrgicos» en la American Patent Office Records entre

³⁵ Ver: Vern L. Bullough y Martha Voght, «Homosexuality and Its Confusion with the "secret sin" in Pre-Freudian America», en *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, 28 (1973), pp. 143-155.

³⁶ Según Sander Gilman, historiador de la medicina, debe ser la piel la que porte el estigma de la enfermedad, puesto que el tacto es el umbral mismo de la contaminación. Ver: Sander L. Gilman, *op. cit.*, p. 209.

³⁷ Sobre las nociones de contagio y contaminación en relación con la política colonial ver: Michael Hart & Toni Negri, *Empire*, Paris, Éditions Exils, 2001, pp. 176-178.

1856 y 1917³⁸. Entre estos aparatos encontramos guantes nocturnos para evitar el tacto genital, hierros de cama para evitar la fricción de las sábanas contra el cuerpo, grilletes de contención que impiden la fricción de las dos piernas de la joven masturbatriz, así como toda una variedad de cinturones diseñados para evitar el tacto en la joven y la erección en el joven masturbador. Por ejemplo, se recomienda, para los muchachos, la circuncisión, la perforación de la piel del prepucio con un anillo y en casos extremos la castración parcial. En el tratamiento de la joven masturbatriz se aconseja quemar la parte interna de las nalgas cercana al sexo, e incluso, en casos severos, la cliterodectomía.

Los «cinturones femeninos» presentaban un malla de alambre perforada para impedir el tacto sin cerrar el paso de la orina. Para los varones existían aparatos similares, pero el más popular de todos era una funda dentada ajustable al pene. En caso de erección, «los dientes metálicos perforan la piel del pene transformando la erección en una experiencia dolorosa»³⁹. Todos estos instrumentos se ataban por la espalda, y la mayoría estaban dotados de un candaño al que solo los padres tenían acceso. Muchos de estos aparatos serán mecanizados y electrificados a partir de la comercialización de las baterías. Por ejemplo, la funda dentada para el pene se convertirá en una funda eléctrica que transmite descargas de bajo voltaje en caso de erección. Se hará popular también el uso de alarmas eléctricas que avisan en caso de erección y de «polución nocturna». A partir de 1925, la producción y la venta de dichos aparatos decae en número, como resultado de una puesta en tela de juicio de las consecuencias patológicas de la masturbación.

Sin embargo, las técnicas represivas relacionadas con la contención del tacto no deben ser reducidas a dispositivos de poder que producen posiciones de sujeto, en un sentido estrictamente foucaultiano. Michel de Certeau ha subrayado que toda tecnología es un sistema de objetos, utilizadores y usos abierto a la resistencia y al *détournement* (diversión, pervisión, apropiación, queerización). David Halperin, siguiendo las intuiciones de Foucault, ha

³⁸ Vern L. Bullough, «Technology for the prevention of les maladies produites par la masturbation», *Technology and Culture*, vol. 28, n. 4 (octubre, 1987), p. 830-832.

³⁹ Vern L. Bullough, *op. cit.*, p. 832.

denominado «queer praxis» a esta forma de transformación de ciertas técnicas de dominación en técnicas de yo, que hoy no dudáramos en denominar técnicas de construcción de identidad⁴⁰.

Toda técnica que forma parte de una práctica represiva es susceptible de ser cortada e injertada en otro conjunto de prácticas, re-apropiada por diferentes cuerpos e invertida en diferentes usos, dando lugar a otros placeres y otras posiciones de identidad. De hecho, para mediados del siglo xx, la mayoría de estas técnicas van a convertirse en ritos iniciáticos y en prácticas que constituirán sexualidades alternativas en las subculturas gay, lesbiana y S&M. Por ejemplo, la perforación del prepucio con un anillo reaparecerá en la cultura gay y S&M bajo el nombre de «Prince Albert»⁴¹. Tan solo dos diferencias: primero, por primera vez el cuerpo, que hasta ahora era simple objeto de la práctica, deviene sujeto, es él mismo el que decide qué piercing, dónde, etc. Y en segundo lugar, mientras que en la literatura del xix el anillo aparece como un impedimento de la erección, en la cultura del piercing es conocido por sus efectos de prolongación de la erección y del orgasmo⁴². Se ha efectuado, por tanto, un giro completo de los usos y de las posiciones de poder que estos implican, en torno a lo que aparece como una misma técnica.

Por ejemplo, una revista S&M americana contemporánea dedica un número completo a las técnicas de «genitotortura», entre las que describe la electrotortura, la invasión de la uretra, el piercing genital, el alargamiento del pene, el inflado del escroto y la modificación quirúrgica de los genitales. Entre las técnicas de electrotortura, por ejemplo, encontramos las llamadas «violet wands», «bastones violeta», que «aplican electricidad estática sobre zona de los genitales, pero especialmente sobre el glande», así como diversos pulsores eléctricos comercializados bajo los nombres de Relaxations, Walkmasters, Titilators, Cattle Prods y Stun Guns⁴³. Estos aparatos sexuales pertenecen al conjunto de técnicas de la represión, tales

⁴⁰ David Halperin, *Saint Foucault, Towards a Gay Hagiography*, New York, Oxford University Press, 1995, p. 86.

⁴¹ *The SandMUtopiaNGuardian*, núm. 34, New York, 1999.

⁴² Ver: Stephanie Heuze, *Changer le corps*, Paris, La Musardine, 2000.

⁴³ *Ibid.*, p. 8.

como las alarmas eléctricas que alertan al durmiente de una posible erección o los electrodos empleados contra los jóvenes masturbadores y homosexuales durante el siglo XIX, y como veremos más adelante, están también en proximidad tecnológica con los aparatos utilizados en la producción del orgasmo histérico por estimulación eléctrica y «titilación» mecánica del clítoris⁴⁴.

Del mismo modo, las barras de sujeción de las piernas y los barrotes de la cama se han integrado en prácticas S&M contemporáneas tanto gay y lesbianas como heterosexuales. Los cinturones antimasturbatorios diseñados para evitar el acceso de la mano a los genitales sorprenden por su semejanza con los cinturones-dildo contemporáneos. El cinturón antimasturbatorio, situado en la genealogía tecnológica de los cinturones de castidad, había experimentado una transformación doble. En primer lugar, había pasado de ser un instrumento para evitar una relación hetero-sexual a controlar el contacto de la mano con el sexo del propio individuo. A partir del siglo XVIII, pasará de ser una armadura o un blindaje que pone los genitales al abrigo de la mano en el caso del cinturón femenino, o que castiga la erección en el caso del cinturón masculino, a ser un dispositivo que soporta un dildo, es decir, a ser puerro de sujeción de una prolongación sintética del sexo.

Todas estas técnicas (genitotortura, aparatos de restricción, cinturones-dildo) han sido extraídas de tecnologías específicas del género (de producción de la feminidad o la masculinidad heterosexual)

⁴⁴ Existe una tercera línea tecnológica veterinaria, que no analizaré aquí, pero que resulta importante para el estudio de la producción diferencial de la corporalidad animal y humana. Queda aún por investigar toda una serie de tecnologías comunes a la producción de la feminidad histérica y lesbica, del cuerpo del varón afeminado, de la corporalidad negra y de la animalidad. Ciertos instrumentos de uso exclusivamente veterinario son utilizados igualmente en prácticas sexuales alternativas. Así por ejemplo, el «Cattle Prod» es una técnica híbrida que proviene de la mutilación y la castración de grandes animales domésticos, cuya electrificación data también del siglo XIX, y que encontramos hoy en la guía de prácticas sexuales alternativas de SandM Utopian Guardian. La página de presentación de estas técnicas está acompañada de instrucciones detalladas de esterilización de los instrumentos y de introducción al uso de medidas profilácticas como la utilización de guantes y máscaras, de agujas hipodérmicas, de la esterilización de los catéteres, etc. Cada ejercicio de *détournement* de una técnica implica por tanto la re-apropiación de un cierto discurso científico en una subcultura popular, y por tanto la interrupción y el desvío de los circuitos de producción y distribución del placer-saber.

y de la especie (de producción de la normalidad humana o de la animalidad doméstica), así como de sus prácticas y discursos médicos, reproductivos y morales, y han sido re-contextualizadas en el interior de sistemas queer de relación cuerpo-objeto.

La prótesis histérica o la máquina orgásmica

Si por un lado la masturbación era condenada por la Iglesia desde el Renacimiento y finalmente patologizada por la medicina a partir del siglo XVII y técnicamente reprimida mediante aparatos mecánicos y después eléctricos durante el XIX y el XX, paralelamente, la histeria será construida como una «enfermedad femenina» y un conjunto igualmente numeroso de aparatos se pondrán en marcha para permitir la producción técnica de la llamada «crisis histérica». No puedo detenerme aquí en detallar un análisis histórico de la histeria y de los diferentes modelos médicos, de la melancolía a la neurastenia o de la frigidez a la ninfomanía, a través de los que será re-conceptualizada. En todo caso, no existe un cambio excesivo en el tratamiento de la histeria de tiempos de Ambroise Paré, que en su *Opera ostetrico-ginecologica* (1550) propone ya el uso de un instrumento similar a un dildo que debe ser introducido en la vagina junto con una aplicación de *oleum nardum*⁴⁵, hasta quizás el *Traité clinique et thérapeutique de l'hystérie* publicado en 1859, en el que su autor, Pierre Briquet, reclama haber encontrado el tratamiento adecuado de la histeria gracias a lo que denominará «titilación del clítoris»⁴⁶. Las primeras terapias de titilación son manuales, y son consideradas por los médicos como largas y tediosas y no siempre recompensadas por una «crisis histérica»⁴⁷.

⁴⁵ Ambroise Paré recomienda, asimismo, como terapia el matrimonio para las jóvenes damas, el galope a caballo para las mujeres maduras y las viudas y solamente el tratamiento a base de *oleum nardum* en casos extremos.

⁴⁶ Pierre Briquet, *Traité clinique et thérapeutique de l'hystérie*, Paris, J.B. Baillière, 1859, citado por Rachel Maines, *op. cit.*, p. 37.

⁴⁷ Sobre la tecnificación de la histeria, ver los estudios de Thomas Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge, Harvard University Press, 1990 y de Rachel Maines, *Technologies of Orgasm, Hysteria, the Vibrator and Women's Sexual Satisfaction*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1999.

El vibrador aparece como instrumento terapéutico de la histeria poco después, hacia 1880, precisamente como una mecanización de este trabajo manual. Por ejemplo, el vibrador Weiss era un aparato electromecánico que procuraba masajes rítmicos tanto del clitoris y la zona pélvica como de otros músculos que eran objeto del tratamiento por vibración. John Harvey Kellogg que, como ya hemos visto, se habría volcado sobre la producción industrial de aparatos antimasturbación, va a contribuir también a la producción y comercialización de los primeros vibradores eléctricos en Estados Unidos⁴⁸.

John Butler, y no su homóloga Judith, parece ser el creador del primer electro-vibrador manual de uso doméstico comercializado en Estados Unidos a finales del siglo XIX. Los primeros vibradores, como el famoso Chattanooga son excesivamente caros, pesados y de uso estrictamente profesional y por ello están restringidos a un contexto hospitalario. Por su carácter doméstico, los vibradores contemporáneos, aunque absolutamente diferentes en la forma, se sitúan en continuidad técnica y social con la máquina de Butler y no con el Chattanooga.

El diagnóstico de la histeria y la obtención del orgasmo como resultado de una «crisis histérica» eran asociados a una cierta indiferencia o reacción frígida frente al coito heterosexual que podía estar relacionado con diversas formas de desviación sexual y sobre todo con una tendencia al «lesbianismo». Por ejemplo, en 1650 Nicolaus Fontanus había señalado ya que algunas mujeres que padecían de histeria podrían sufrir igualmente de «eyaculación», síntoma que, según Fontanus, ponía en peligro no solo la salud de la histérica sino también su valor moral como mujer, puesto que «aproxima el cuerpo femenino a ciertas funciones del órgano viril». Del mismo modo que un posible lesbianismo como causa subyace a cada forma de histeria, cada tratamiento de la histeria parece incluir el riesgo de proporcionar a la histérica una forma de placer que podría conducirla al lesbianismo. Por ejemplo, Robert Taylor escribe en 1905 que la histeria no debe nunca tratarse con un dildo o algún otro «substituto del pene», puesto que su

⁴⁸ Entre estos aparatos cabe señalar la barra y la silla vibratoras, el *trunk-skaking*, el vibrador electromecánico centrífugo.

utilización podría causar «vaginismo» y lesbianismo. Durante la segunda parte del siglo XIX, parece ser una idea generalizada que el trabajo excesivo en la máquina de coser (recordemos, a veces recomendada como posible cura de la histeria) podría convertir a «mujeres honestas que sufren de histeria en lesbianas»⁴⁹.

Resulta urgente restringir los usos y las apropiaciones de las nuevas máquinas, especialmente en el momento en que los vibradores pasan del espacio médico a ocupar el espacio doméstico tradicionalmente reservado a las mujeres. Las máquinas pequeñas y manejables (de la máquina de coser al teléfono), diseñadas y producidas por los hombres para regular el espacio doméstico y controlar las actividades de género que tienen lugar en él (coser, cocinar, limpiar, etc.) constituyen un conjunto ambiguo de compañeros para las mujeres. Son una suerte de tecnologías de doble filo: por una parte, tecnologías de dominación y de reinscripción de la función supuestamente natural de la mujer en la sociedad y por otra, tecnologías de resistencia en el interior del espacio privado⁵⁰.

De este modo los dos espacios terapéuticos de la histeria son curiosamente la cama matrimonial y la mesa clínica. Dicho de otro modo, la sexualidad y el placer «femeninos» se construyen en el espacio de tensión y de encuentro de al menos dos instituciones: la institución matrimonial heterosexual, en la que las mujeres están sujetas a sus maridos, y las instituciones médicas, en las que las mujeres están sujetas a la jerarquía clínica como pacientes. Durante el siglo XIX, la institución matrimonial parece fortalecerse como un espacio de reproducción, de economía doméstica y de transmisión patrimonial, pero raramente como un espacio de placer sexual. Al menos después de 1910, las tecnologías que estaban reservadas al uso médico entran en el espacio doméstico, habitualmente a través del corto-circuito de los aparatos de higiene doméstica como la ducha, el vibrador para masaje «familiar».

* * *

⁴⁹ Rachel Maines, *op. cit.*, p. 57.

⁵⁰ Existe todo un conjunto de técnicas hidroterapéuticas del tratamiento de la histeria, como la ducha, por ejemplo, que van a seguir un curso de paso de las instituciones médicas al espacio doméstico y de reapropiación como técnicas de producción de placer.

Lo que conocemos bajo el nombre de «orgasmo femenino», a partir al menos del siglo XVII, no es sino el resultado paradójico del trabajo de dos tecnologías opuestas de represión de la masturbación y de producción de la «crisis histérica». El placer femenino ha sido siempre problemático, puesto que parecía no tener una función precisa ni en las teorías biológicas ni en las doctrinas religiosas, según las cuales el objetivo de la sexualidad era la reproducción de la especie. Al mismo tiempo, la sexualidad masculina será frecuentemente descrita en términos de erección y de eyaculación y raramente en términos de orgasmo. El placer femenino era descrito como la crisis que sobreviene a una enfermedad histérica, una suerte de «paroxismo histérico» que habría de producirse en condiciones clínicas y frecuentemente con la ayuda de diversos instrumentos mecánicos y eléctricos. El orgasmo, descrito de esta manera, se reconoce como la crisis sintomática de un enfermedad exclusivamente femenina, y al mismo tiempo como el clímax terapéutico de un proceso jalonado de esfuerzos técnicos: masaje manual o con vibrador, ducha a presión... En este modelo del cuerpo, la paciente, que se muestra indiferente a las técnicas del coito heterosexual, es descrita como «carente de energía sexual», energía que la máquina vibratora vendrá a suplementar. Por otro lado, en la lógica represiva de la patologización de la masturbación, el orgasmo es descrito como un «derroche innecesario», como una pérdida fútil de energía corporal que debería dedicarse al trabajo de producción o de reproducción sexual, y al mismo tiempo, como un residuo contaminante y potencialmente portador de enfermedad.

Así, el orgasmo aparece como el punto más privado, el más ciegamente unido al cuerpo individual, y al mismo tiempo, como el resorte más político en el que se cruzan los dos brazos de una misma tecnología biopolítica. De una parte, la optimización de las capacidades del cuerpo, de su rendimientos, el incremento paralelo de su utilidad y de su docilidad, su integración en sistemas de control eficientes y económicos; de otra, el establecimiento de los mecanismos de la sexualidad, que sirven como base de los procesos biológicos de la reproducción heterosexual⁵¹.

⁵¹ Ver: Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. 1, México, Siglo XXI, 1977.

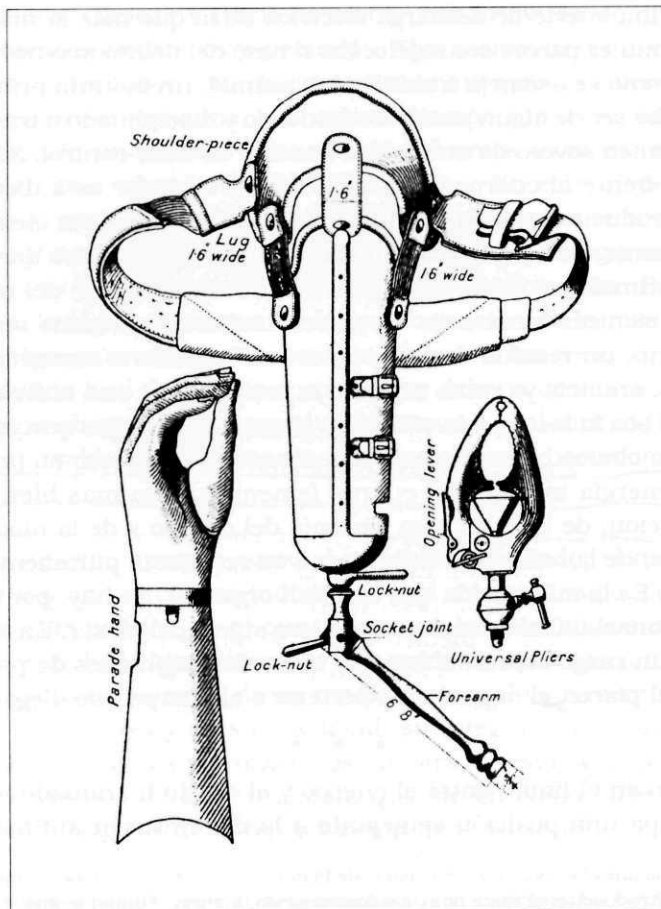
El orgasmo reside en el espacio de intersección de dos lógicas opuestas. Al mismo tiempo enfermedad y cura, derroche y exceso. Al mismo tiempo, veneno y remedio. El orgasmo es a la sexualidad lo que, en la lectura de Platón de Derrida, la escritura es a la verdad⁵²: pharmakon. Vicio y exceso contra el que es preciso luchar con instrumentos de represión, y al mismo tiempo, curación que solo puede conseguirse mediante la aplicación estricta de instrumentos mecánicos y eléctricos. En el cuerpo de la joven masturbatriz, la repetición compulsiva del orgasmo representa un gasto excesivo de energía que, se dice, produce la debilidad e incluso la muerte. Por el contrario, en el cuerpo de la joven histérica o de la viuda solitaria, el orgasmo solo llega con la ayuda de la vibración, como una suerte de descarga eléctrica de la que más la máquina que la mujer parece ser sujeto. En el caso del delirio masturbador, el orgasmo se asemeja a una fuerza animal, un instinto primitivo, que debe ser de algún modo domesticado y disciplinado a través de un régimen severo de auto-observación y de auto-control. Sin embargo, frente al cuerpo de la histérica, el vibrador está diseñado para producir el paroxismo histérico con una precisión científica. El orgasmo es, de este modo y simultáneamente, locura que debe ser reprimida por la fuerza y el resultado transparente del trabajo de las técnicas mecánicas. El placer masturbador, como un subproducto, un residuo de una ruptura del equilibrio energético del cuerpo, anuncia ya como síntoma la presencia de una enfermedad futura, sea la locura o la sífilis. En el caso de la mujer que yace en la mesa clínica bajo el trabajo del vibrador, el orgasmo no procede de la energía interior del cuerpo femenino, sino más bien de la adaptación, de la puesta en sintonía del cuerpo y de la máquina, es decir, de la reducción del placer a su respuesta puramente mecánica. Es la máquina la que tiene un orgasmo. No hay, por tanto, ni responsabilidad sexual ni verdadero sujeto del placer. En ambos casos un rasgo común subyace a estos dos regímenes de producción del placer, el orgasmo no pertenece al cuerpo que «llega».

* * *

Situado en el límite entre el cuerpo y el objeto inanimado, el dildo ocupa una posición semejante a la del cinturón antimastur-

⁵² Ver: Jacques Derrida, «La Pharmacie de Platon», en *La Dissémination*, Paris, Seuil, 1972 (traducción al castellano, *La diseminación*, Madrid, Fundamentos, 1975).

bador o la de la máquina vibradora. Pero si bien el dildo parece estar relacionado con ambas tecnologías de represión y producción del placer, intersecta una tercera tecnología. La derivada de los implantes prostéticos. Para entender el dildo en tanto que objeto, es preciso interrogar la evolución de la prótesis durante el siglo xx. Curiosamente, el período de explosión de la fabricación de los vibradores, a partir de principios de siglo, coincide con el momento en el que la medicina comienza a desarrollar numerosas prótesis, especialmente después de la primera guerra mundial.



La reconstrucción prostética del cuerpo masculino marca el paso de una economía de guerra a una economía de trabajo. La prótesis efectúa la transición entre el soldado y el nuevo trabajador industrial de postguerra. En este proceso, es la prótesis de la mano, y no la prótesis del pene, la que resulta central en la reconstrucción de la masculinidad. En Francia, Jules Amar, director del laboratorio militar de prótesis de trabajo, se encarga del seguimiento profesional y médico de los soldados amputados⁵³. Sus investigaciones en torno a la fabricación de la mano prostética van a conducirlo a diseñar y producir miembros artificiales cada vez más alejados de la anatomía de la mano, evolucionando hacia una prótesis funcional y no mimética. Por ejemplo, la prótesis que Jules Amar denominará «el brazo trabajador» estaba constituida como una prótesis básica dotada de varias terminales que van

⁵³ Jules Amar, *Organisation physiologique du travail*, Paris, Dunod et Pinot, 1917.

desde la «mano en reposo», imitación de una mano, hasta la «pinza universal», sin parecido alguno a una mano natural. Si el diseño de la mano en reposo responde a criterios estéticos y miméticos, las otras terminaciones responden a criterios de eficacia en el trabajo en cadena. Las manos prostéticas servían, por tanto, no solamente a la reconstrucción del cuerpo «natural», sino que permitían al cuerpo masculino ser incorporado por la máquina en tanto que instrumento o terminal-humano.

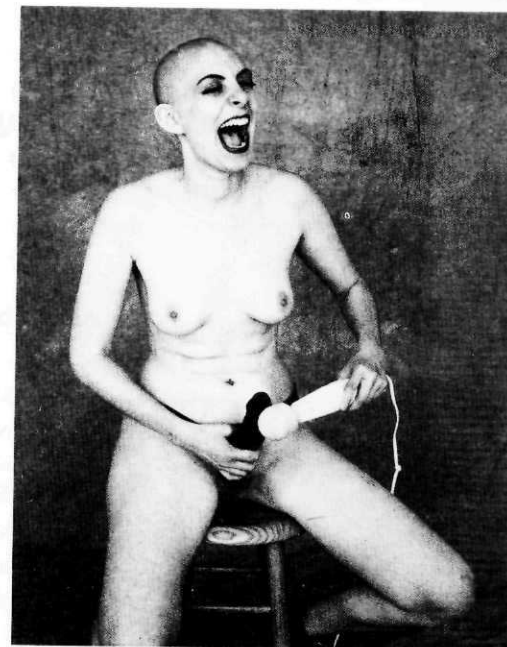
De manera similar, podemos decir que el dildo vibrador, cuyo diseño y comercialización estuvieron influenciados por el movimiento feminista americano de los años sesenta y setenta, ha evolucionado como una prótesis compleja de la mano lesbiana, más que como una imitación del pene. Para convencerse basta echar un vistazo al dildo Pisces Pearl, uno de los bestseller de Good Vibrations⁵⁴ and SH! (dos sex shops dedicados exclusivamente a mujeres). El PP está relacionado, al mismo tiempo, con las tecnologías de la vibración y de la producción de la «crisis histérica» y con las técnicas prostéticas del dildo «mimético» (la llamada «polla de plástico»). La electrificación y la mecanización van a procurar a la mano masturbatriz la eficacia que le había sido retirada por medio de las tecnologías de represión del onanismo. La mano masturbatriz y el vibrador de la histérica operan ambos como verdaderos «interruptores» externos con respecto al circuito sexual reconectando los órganos genitales u órganos y objetos no genitales e incluso in-orgánicos. Desatan la producción del orgasmo fuera de un contexto terapéutico y fuera de la relación heterosexual. El dildo vibrador es un híbrido de la mano⁵⁵ y del vibrador decimonónico, como muestra bien la imagen de Michel Rosen en la que se ve a una persona masturbando a su propio dildo con un vibrador⁵⁶. Utilizado como una prolongación vibrante del cuerpo, se aleja del modelo normativo del pene y se aproxima a una ter-

⁵⁴ Good Vibrations, con sede en San Francisco desde 1977, es el primer sex shop femenino y de voluntad feminista.

⁵⁵ No olvidemos la importancia de la mano en el discurso antropológico como un útil de trabajo y por tanto indicador de la diferencia específica animal/hombre, y de género femenino/masculino.

⁵⁶ Michel A. Rosen, «Molly, 1993», *Sexual Art, Photographs that Test the Limits*, San Francisco, Shaynew Press, 1994.

cera mano dotada de precisión vibradora. Lejos de limitarse a un efecto psicológico o fantasmático o a una sola práctica, este órgano sexual sintético abre posibilidades inéditas de incorporación y descontextualización.

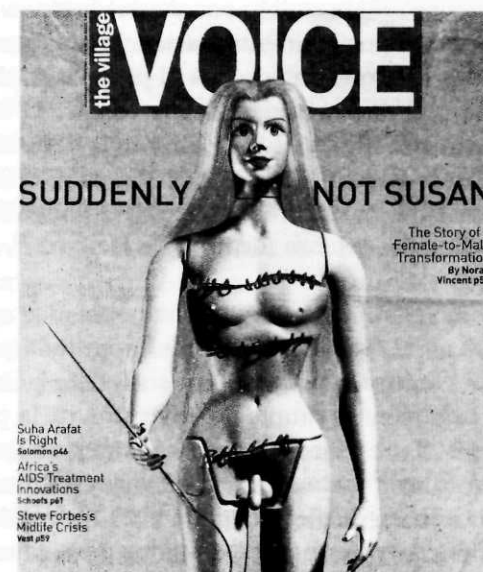


Desde un punto de vista queer, haría falta establecer una narración de la historia sintética de la sexualidad, en la que tendríamos de un lado el *speculum* y el pene, y de otro la mano y el dildo. De la misma manera que el *speculum* ha sido el instrumento por excelencia de observación y representación del cuerpo de las mujeres en el espacio médico, el pene ha sido el único órgano al que le había sido concedido el privilegio de la penetración en el lecho conyugal. En un sentido foucaultiano, el *speculum* y el pene funcionaban como verdaderos dispositivos al servicio de las tecnologías del biopoder, en cuyo centro se hallaba el cuerpo femenino heterosexual. Con respecto a esta tecnología biopolítica, la mano y el dildo, lejos de ser imitaciones falocéntricas, abren más bien

líneas de fuga. El dildo vibrador es, en este sentido, una extensión sintética de la mano masturbatriz/lesbiana que ha conocido el guante y la cadena, pero también de la mano lesbiana/masturbatriz que ha conocido el tacto y la penetración. Por último, el cinturón-dildo podría considerarse como un órgano sexual sintético, al mismo tiempo mano injertada en el tronco y extensión plástica del clítoris.

Money makes sex o la industrialización de los sexos

La vagina de Adán



Desde al menos los años setenta, la tecnología médica se felicita de poder crear Eva a partir de Adán, o mejor, Marilyn a partir de Elvis, pero lo contrario aparentemente no funciona. Las actuales

técnicas quirúrgicas practicadas con escasas excepciones⁵⁷ en los hospitales de Europa son incapaces de construir un pene de apariencia «normal» y «funcional». En la literatura médica, la faloplastia (la construcción quirúrgica del pene) se presenta como el resultado de al menos cuatro intervenciones quirúrgicas más o menos complejas: sutura de los labios vaginales, obtención de tejidos de la piel, la pierna y/o el vientre a partir de los que se fabricará el injerto de pene, obtención de una vena —frecuentemente de la pierna—, e injerto del pene. A pesar del riesgo que esta serie de operaciones entraña (como la pérdida de la motricidad del brazo o la pierna, por ejemplo), hasta ahora los equipos encargados de la cirugía transexual se contentaban con una operación que ofrecía «resultados cosméticos muy mediocres», afirmando que un transexual debería conformarse con el sexo que desea, incluso si éste es de apariencia «grotesca»⁵⁸.

En cambio, desde finales de los años ochenta, existen diversas técnicas quirúrgicas que permiten construir «órganos genitales femeninos» sin que sea posible distinguirlos de los órganos que llamamos «normales». Pero si atendemos al plano estrictamente discursivo de las prácticas médicas, veremos que la medicina no habla de construcción de la vagina, sino más exactamente de la posibilidad de transformar («invaginar») un pene en una vagina. Como si el pene tuviera naturalmente la posibilidad de «devenir vagina» por declinar la célebre fórmula de Deleuze⁵⁹.

Tomaré aquí como ejemplo la técnica vaginoplástica que la clínica de cirugía estética St. Joseph de Montreal, reputada por la calidad de sus cirugías estéticas, propone en su folleto publicitario. Se describe como una técnica simple de «inversión de la piel del pene» que consiste en vaciar el cuerpo cavernoso del pene, para después invertir el tejido «fálico» hasta formar una vagina. Primera etapa: se realiza una incisión en la piel del pene y de los testículos, de tal manera que se puedan recuperar los tejidos para construir las pa-

⁵⁷ Ver: *Le Transsexualisme en Europe*, Strasbourg, Commission Internationale de l'état Civil, CIEC, 2000.

⁵⁸ Ver: Marjorie Garber, *Vested Interests. Cross-dressing and Cultural Anxiety*, New York, Routledge, 1992, p. 329.

⁵⁹ Me refiero aquí al «devenir mujer».

redes posteriores de la vagina. Segunda etapa, todavía hoy denominada «castración»: se extirpan los testículos, se realiza una incisión en la parte superior del pene, para así hacer que la piel se deslice hacia abajo. El cirujano prepara con el dedo un espacio para la vagina entre la vejiga y el recto. Tercera etapa: se construye el clítoris a partir del cuerpo cavernoso, esperando (si hay suerte) recuperar un máximo de superficie de excitación. Un catéter urinario se coloca en la vejiga. Se da la vuelta a la piel del pene y se la empuja hacia el interior. Se completa si es necesario con un injerto de la piel del escroto. Cuarta etapa: se coloca un molde que tiene la forma de un pene en el lugar reservado a la vagina.

Si este proceso se ejecuta como una invaginación del pene es porque, en el discurso médico heterosexual, la masculinidad contiene en sí misma la posibilidad de la feminidad como inversión. La coexistencia potencial de los dos sexos en el interior del pene prueba que es un modelo hermafrodita original el que fundamenta la sexualidad masculina heterosexual y, consecuentemente, por derivación, la sexualidad masculina homosexual. En lo que habría que llamar la mitología heterosexual de la diferencia sexual, el hombre, el macho, no pertenece a la familia del animal vivíparo (que necesita un útero para reproducirse), sino que establece una filiación hermafrodita secreta con el orden vegetal y animal inferior. De hecho, las técnicas de producción de la masculinidad y de la feminidad están trucadas: la masculinidad se realiza según un modelo hermafrodita que permite el paso «natural» del pene a la vagina, mientras que la feminidad obedece a un modelo de producción del sexo irreversible, un modelo prostético, en el que un trozo de brazo o de pierna puede ser transformado en pene.

La especificidad del modelo hermafrodita de la masculinidad reside, pues, en la supresión del útero con fines reproductivos. Los machos pertenecen a la raza subterránea de los caracoles, las sanguijuelas, las lombrices. Su sexo es aparentemente «normal», es decir, absolutamente diferenciado del otro sexo (lo que la biología denominará «gonádico») pero aun así entraña una fisiología doble que ya contiene en germen los órganos sexuales de la hembra. Paradójicamente, por lo tanto, para producir sexos separados «gonádicos» hubo que pasar por el modelo hermafrodita. Empleo

el término «gonádico» a propósito, pues ya va siendo hora de señalar la artificialidad y el lado extraño de la construcción de la normalidad según el discurso médico. Cuando se emplea el término «normal» para designar todo aquello que no es hermafrodita, intersexual, podría decirse también «gonádico». La fabricación de la heterosexualidad depende del éxito de la construcción de estos sexos gonádicos, binarios, diferenciados.

En resumen, si atendemos a las tecnologías utilizadas en la cirugía transexual, no es necesario construir una vagina: basta con encontrar la vagina que ya está en el interior del pene. Un pene puede «devenir vagina». Pero de acuerdo con la misma tecnología que produce la diferencia sexual, una vagina no puede devenir pene. ¿Cuál es la razón de esta asimetría tecnológica? ¿Cuáles son los procesos de reversibilidad y de irreversibilidad gracias a los cuales se construye la diferencia sexual? ¿Cuál es la relación constitutiva que existe entre masculinidad, heterosexualidad y hermafroditismo?

Un análisis detallado de las técnicas médicas implicadas en la asignación del sexo, es decir, relacionadas con la toma de decisión que permite afirmar que un cuerpo es varón o hembra, revelan, mejor que ningún otro discurso, los modelos de construcción del género según los cuales opera la tecnología (hetero)sexual: el tratamiento reservado por la medicina a los llamados bebés «intersexuales» (descritos como cuerpos que presentan «características» de los dos sexos o que eventualmente podrían presentar una evolución hacia el sexo opuesto al sexo aparente), las tecnologías utilizadas en la determinación del sexo, la etiología prenatal, la amniocentesis, la ecografía, la citología, el análisis cromosómico, la evaluación hormonal (y la prescripción de gonadotropina, esteroides, etc.), los exámenes genitales (de la palpación a la radiografía), así como el conjunto de procedimientos quirúrgicos destinados a reducir o a erradicar toda ambigüedad sexual.

La tecnología sexual es una especie de ✂ «mesa de operaciones» ✂ abstracta⁶⁰ donde se lleva a cabo el recorte de ciertas zonas

⁶⁰ Tomo prestada esta formulación de Foucault, que él mismo había tomado de Raymond Roussel, y que utiliza al comienzo de *Las palabras y las cosas*.

corporales como «órganos» (sexuales o no, reproductivos o no, perceptivos o no, etc.): la boca y el ano, por ejemplo, se designan como el punto de entrada y el punto de salida, sin los cuales el aparato digestivo no puede encontrar su coherencia como sistema; la boca y el ano raramente se designan como partes del sistema sexual/reproductivo. Sobre esta mesa de doble entrada (masculino/femenino) se define la identidad sexual, siempre y cada vez, no a partir de datos biológicos, sino con relación a un determinado a priori anatómico-político, una especie de imperativo que impone la coherencia del cuerpo como sexuado.

Detrás de la pregunta: «¿es niño o niña?» se oculta un sistema diferenciado que fija el orden empírico volviendo el cuerpo inteligible gracias a la fragmentación o a la disección de los órganos; un conjunto de técnicas visuales, discursivas y quirúrgicas bien precisas que se esconden detrás del nombre «asignación de sexo». Las operaciones más conocidas bajo el nombre de cirugía de cambio de sexo y de re-asignación sexual, que son popularmente estigmatizadas como casos límites o excepciones extrañas, no son sino las mesas secundarias en las que se renegocia el trabajo de recorte realizado sobre la primera ✂ mesa de operaciones ✂ abstracta por la que todos hemos pasado. La existencia misma de las operaciones de re-asignación o cambio de sexo, así como los regímenes de regulación legal y médico que estas suscitan, son la prueba de que la identidad sexual («normal») es siempre y en todo caso el producto de una tecnología biopolítica costosa.

Como si entre el primer nivel institucional de asignación sexual (médico, jurídico, familiar) y el orden socio-anatómico producido por este primer nivel hubiera sido necesario crear una mesa de operaciones intermedia, donde efectuar la regulación y el recorte de los casos problemáticos, atípicos, anormales, dicho de otra manera, casos en los que el cuerpo pone en cuestión el orden heterosexual.

Invertido. Travesti. Intersexual. Transexual... Todos estos nombres hablan de los límites y de la arrogancia del discurso heterocentrado sobre el que se han asentado las insituciones médicas,

jurídicas y educativas durante los dos últimos siglos. Eclipsadas tras el feminismo burgués y los movimientos de liberación homosexual, las demandas específicas de transexuales e intersexuales no se han dejado escuchar en Estados Unidos hasta 1994⁶¹. En Europa, a pesar de las presiones del *corpus* médico, hoy comienzan tímidamente a organizarse.

Vaginoplastia (reconstrucción quirúrgica de la vagina), faloplastia (construcción quirúrgica del pene con la ayuda de un injerto de piel proveniente de otra parte del mismo cuerpo, como el antebrazo o el muslo), agrandamiento y modificación de la forma del clítoris gracias a la administración local de testosterona, ablación de la nuez, mastectomía (ablación de los dos senos, generalmente seguida de la reconstrucción del pecho y construcción de dos pezones a partir del injerto de un solo pezón cortado), histerectomía (ablación del útero): en cuanto lugares de renegociación, las operaciones de cambio de sexo parecen resolver los «problemas» (las «discordancias» entre sexo, género y orientación sexual...). Pero de hecho, se convierten en los escenarios visibles del trabajo de la tecnología heterosexual; hacen manifiesta la construcción tecnológica y teatral de la verdad natural de los sexos.

El conjunto de estos procesos de «reasignación» no son sino el segundo recorte ✂, la segunda fragmentación del cuerpo. Esta no es más violenta que la primera, es simplemente más *gore*, y sobre todo más cara. La interdicción de cambio de sexo y género, la violencia que entrañan a menudo estas operaciones y su elevado coste económico y social, deben comprenderse como formas políticas de censura sexual.

Esos intersexuales... como tú y yo

La primera fragmentación del cuerpo o asignación del sexo se lleva a cabo mediante un proceso que llamaré, siguiendo a Judith

⁶¹ Sobre la evolución del movimiento transexual y transgénero ver: Pat Califia, *Sex Changes. The Politics of Transgenderism*, San Francisco, Cleis Press, 1996.

Butler, invocación performativa. Ninguno de nosotros ha escapado de esta interpelación. Antes del nacimiento, gracias a la ecografía —una tecnología célebre por ser descriptiva, pero que no es sino prescriptiva— o en el momento mismo del nacimiento, se nos ha asignado un sexo femenino o masculino. El ideal científico consiste en evitar cualquier ambigüedad haciendo coincidir, si es posible, nacimiento (quizás en el futuro, incluso fecundación) y asignación de sexo. Todos hemos pasado por esta primera mesa de operaciones performativa: «¡es una niña!» o «¡es un niño!». El nombre propio, y su carácter de moneda de cambio, harán efectiva la reiteración constata de esta interpelación performativa. Pero el proceso, no se detiene ahí. Sus efectos delimitan los órganos y sus funciones, su utilización «normal» o «perversa». La interpelación no es solo performativa. Sus efectos son prostéticos: hace cuerpos.

Este momento prostético que, insisto, tiene lugar siempre y en cada caso, aparece más claro en las operaciones de la transexualidad: una vez que la asignación de sexo se ha producido, cualquier cambio de denominación exige, literalmente, el recorte físico del cuerpo. Esta «segunda reasignación» sitúa el cuerpo en un nuevo orden de clasificación y re-diseña literalmente los órganos (hemos visto ya hasta qué punto la obsesión de la cirugía es la de encontrar un órgano dentro de otro) sin dejar nada al azar, de tal manera que se produzca una segunda coherencia, que debe ser tan sistemática, es decir, tan heterosexual, como la primera.

La mesa de asignación de la masculinidad y de la feminidad designa los órganos sexuales como zonas generativas de la totalidad del cuerpo, siendo los órganos no sexuales meras zonas periféricas. Es decir, a partir de un órgano sexual preciso, este marco abstracto de construcción del «humano» nos permite reconstruir la totalidad del cuerpo. Solo como sexuado el cuerpo tiene sentido, un cuerpo sin sexo es monstruoso. Según esta lógica, a partir de un órgano periférico (la nariz, la lengua, o bien los dedos, por ejemplo) es imposible reconstruir la totalidad del cuerpo como sexuado. Así pues, los órganos sexuales no son solamente «órganos reproductores», en el sentido de que permiten la re-producción sexual de la especie, sino que son también, y sobre todo, «ór-

ganos productores» de la coherencia del cuerpo como propiamente «humano».

Los llamados cuerpos «intersexuales» comprometen el trabajo mecánico de la mesa de asignación de los sexos, minan secretamente la sintaxis según la cual la máquina sexual produce y reproduce los cuerpos. Los bebés intersexuales representan una amenaza, alteran la frontera más allá de la cual hay diferencia, y más acá de la cual hay identidad. Ponen en tela de juicio el automatismo performativo de la mesa de operaciones. Ponen de manifiesto la arbitrariedad de las categorías (identidad y diferencia, macho/hembra) y la complicidad que establece esta categorización con la hetero-designación de los cuerpos. ¿Pero dónde se encuentran y cuáles son realmente las partes genitales y generativas? ¿Cómo nombrar lo que se ve? ¿Cómo hacer un órgano a partir de un nombre?

Curiosamente las tecnologías puestas en marcha para la asignación del sexo en el caso de los niños intersexuales responden a la misma lógica que las que se utilizan en el caso de las personas transexuales. Ante una incompletitud (cuerpos sin vagina o sin pene visualmente reconocibles) o un exceso (cuerpos que combinan las características sexuales supuestamente femeninas o masculinas) la mesa de asignación del sexo va a funcionar de nuevo, pero esta vez como una verdadera ✕ mesa de operaciones ✕, por medio de implantaciones, injertos, mutilaciones que pueden sucederse hasta la adolescencia. De este modo, lo que he llamado el centro generativo de la identidad sexual se construye de manera exclusiva y excluyente: es necesario elegir, obligatoria y únicamente, entre dos variables, masculina o femenina. No es extraño que una de las narraciones más frecuentes en torno al nacimiento y asignación de sexo en el caso de un bebé intersexual sea una ficción en la que el cuerpo del bebé hermafrodita se desboba en dos cuerpos gemelos pero de distinto sexo que se resuelve con la muerte trágica, pero tranquilizadora, de uno de ellos. *Sex making* = *Sex killing*. Suzanne Kessler, que ha estudiado el proceso de toma de decisión en casos en los que la asignación de sexo resulta «problemática», habla de esta narración: «Los padres de un niño hermafrodita contaban a todo el mundo que habían tenido gеме-

los, uno de cada género. Una vez asignado el género, difundían la noticia de que el otro niño había muerto»⁶².

Los protocolos de gestión de los niños intersexuales reposan sobre la teoría desarrollada en 1955 por John Money (profesor de psicopediatría del hospital universitario John Hopkins de Nueva York) y por el matrimonio Hampson, y puesta en práctica poco después por el propio Money y por Ehrhardt. Curiosamente, la misma teoría que defiende la diferencia sexual como normal y natural descansa sobre una hipótesis puramente constructivista (y ello antes de que el constructivismo fuera utilizado en las argumentaciones feministas). La conclusión a la que llegaba Money en 1955 no podía ser, aparentemente, más revolucionaria: el género y la identidad sexual son modificables hasta la edad de 18 meses.

La teoría de asignación de sexo, producida casi completamente por Money, no suscitó ninguna reacción crítica en el seno de la comunidad científica. La única crítica emana de los estudios feministas que Suzanne Kessler llevará a cabo en 1978, así como, actualmente, del emergente movimiento intersexual americano. Como hubiéramos podido aventurar, Money es también una figura prescriptiva en materia de psicología transexual. A partir de los años cincuenta, su autoridad en materia de asignación sexual del recién nacido y de re-construcción sexual es tal, que podemos afirmar sin equivocarnos que, al menos en los países occidentales del norte «desarrollado», «Money makes sex». En este sentido, los cuerpos sexuales que tenemos son producto de un estilo y un diseño preciso que podría llamarse «Moneysmo».

Como vamos a ver, la eficacia del modelo de Money y su éxito desde hace casi cincuenta años son el resultado de la combinación estratégica de dos lenguajes, de dos epistemologías que se utilizarán para describir el cuerpo: el análisis cromosómico y el juicio estético.

Si usted forma parte de los que piensan que la transexualidad y las operaciones de cambio de sexo son contra-naturales y extraor-

⁶² Suzanne J. Kessler, «The Medical Construction of Gender. Case Management of Intersexual Infants», en *Sex/Machine. Readings in Culture, Gender, and Technology*, Patrick D. Hopkins (ed.), Indiana, Indiana University Press, 1998, p. 42.

dinarias, eche un vistazo a las reglas aplicadas ordinariamente para la asignación del sexo del recién nacido en Europa y Estados Unidos.

Para jugar a médico asignador provéase antes de nada de su lista de definiciones:

XX: genéticamente femenino. Según la medicina actual, un cuerpo se considera como genéticamente femenino si tiene una combinación cromosómica que posee dos cromosomas X, sin cromosomas Y.

XY: genéticamente masculino. Según la medicina actual, un cuerpo se considera como genéticamente masculino si tiene una combinación cromosómica que posee al menos un cromosoma Y.

CLITO-PENE: en el lenguaje de la asignación sexual, pequeño órgano que se parece a un clitoris, pero que tiene el potencial de convertirse en pene.

MICRO-PENE: en el lenguaje de la asignación sexual, pequeño pene, pero bien formado.

MICRO-FALO: en el lenguaje de la asignación sexual, pequeño pene mal formado difícil de reconocer como tal; pero que no debe confundirse con un clitoris.

PENE-CLITORIS: en el lenguaje de la asignación sexual, un gran clitoris que no debe confundirse con un pequeño pene.

Los cuerpos que se presentan ante una exploración visual como «intersexuales» son sometidos a una larga serie de operaciones genitales que duran hasta el momento de la pre-adolescencia. Según el modelo Money, si el recién nacido intersexual, después del análisis cromosómico, se considera como genéticamente femenino (XX), la cirugía interviene para suprimir los tejidos genitales que podrían confundirse con un pene. La reconstrucción de la vulva (junto con la reducción del clitoris) comienza generalmente a los tres meses. Si el órgano visible se parece a lo que la termi-

nología médica llama un pene-clitoris, esta operación implica, en la mayoría de los casos, la mutilación del clitoris.

Más tarde, la reconstrucción se completa con una operación de formación del «canal vaginal», heterosexualmente definido, es decir, la abertura de un orificio que será capaz de recibir en el futuro un pene durante el coito. En los casos en los que el «canal vaginal» (es decir, lo que se considera como el canal susceptible de recibir un pene) no se encuentra lejos de su lugar habitual, la vaginoplastia (similar a la practicada en los transexuales) se realiza entre la edad de uno y cuatro años. Generalmente, el canal vaginal se fija de modo definitivo cuando el crecimiento finaliza, después de la «feminización» del cuerpo púber, hormonalmente provocada con ayuda de estrógenos⁶³.

Los procesos de construcción del canal vaginal en las niñas intersexuales no están simplemente destinados a la producción de un órgano. Se dirigen sobre todo a la prescripción de las prácticas sexuales, puesto que se define como vagina única y exclusivamente aquel orificio que puede recibir un pene adulto. Evidentemente Money no había pensado que algunas de estas niñas intersexuales serían bollos y reclamarían más adelante el uso alternativo de sus órganos. La violencia y la carga prescriptiva de las operaciones de asignación de sexo permiten poner en perspectiva la mítica afirmación de Monique Wittig, «las lesbianas no tienen vagina». Lo que esta frase aparentemente incoherente implica es que, dada la relación causa-efecto que lía los órganos y las prácticas sexuales en nuestras sociedades heteronormativas, la transformación radical de las actividades sexuales de un cuerpo implica de algún modo la mutación del órgano y la producción de un nuevo orden anatómico-político. El nuevo movimiento intersexual reclama hoy precisamente el derecho a este vivir y a follar en un orden anatómico-político distinto del heteronormativo.

Veamos ahora un caso de asignación masculina. Si el recién nacido intersexual dispone de una configuración cromosómica que posee al menos un cromosoma Y será considerado como genéti-

⁶³ Suzanne J. Kessler, *op. cit.*, p. 244.

camente masculino. En este caso, el problema consiste en saber si el llamado «tejido fálico» es susceptible o no de reaccionar positivamente a un tratamiento hormonal a base de andrógenos que aumente el tamaño del micro-falo o del micro-pene. Pero el cuerpo del bebé se enfrenta a un juicio visual que relegará los análisis cromosómicos al rango de verdades secundarias. Los criterios de «longitud», de «tamaño» y de «apariencia normal» de los genitales sustituirán a los criterios que rigen las pruebas cromosómicas.

Estos procedimientos médicos esperan poder restituir un supuesto momento original de reconocimiento en el que la nominación del cuerpo como masculino o femenino coincide con la primera imagen que de él nos hacemos, bien sea mediante una visualización intra-uterina (ecográfica) o extra-uterina (en el momento del nacimiento). La cirugía pediátrica viene en realidad a resolver las contradicciones que surgen entre dos órdenes de verdad: las combinaciones cromosómicas y la apariencia del tejido genital. Pero la regla de ordenación del cuerpo intersexual es fundamentalmente visual y no cromosómica. Como si los ojos fueran finalmente los encargados de establecer la verdad del género verificando la correspondencia entre los órganos anatómicos y un orden sexual ideal binario. Dicho de otro modo, no somos capaces de visualizar un cuerpo fuera de un sistema de representación sexual heterocentrado.

En todo caso, estos procedimientos de asignación sexual aseguran la inclusión de todo cuerpo en uno de los dos sexos/géneros en un marco oposicional excluyente. La presencia de opuestos incompatibles en el cuerpo del recién nacido intersexual se interpreta como una anomalía, incluso como una fijación en la evolución del feto que, en su desarrollo, pasa por un momento de indiferenciación del tejido genital. Para Money, Green y Ehrhardt la intersexualidad es, o bien un caso de regresión, o bien un caso de evolución patológica del feto. Pero en ningún caso Money admite que estas ambigüedades anatómicas puedan poner en tela de juicio la estabilidad del orden sexual. No constituyen un tercer sexo, o mejor, un $n+1$ sexo. Al contrario, refuerzan la estabilidad del orden sexual. Los órganos intersexuales son descritos como «malos», «sub-desarrollados», «malformados», «inacabados», es de-

cir, en ningún caso como verdaderos órganos, sino como excepciones patológicas que vienen para confirmar la normalidad. Como el genio maligno de Descartes, los órganos sexuales malformados engañan, ponen trampas a la percepción y generan un juicio erróneo sobre los géneros. Solo la tecnología médica (lingüística, quirúrgica u hormonal) puede reintegrar los órganos al orden de la percepción, haciéndolos corresponder (como masculinos o femeninos) con la verdad de la mirada, de manera que muestren (en lugar de ocultar con malignidad) la verdad del sexo. En realidad, la normalidad estética y funcional de los órganos sexuales es el resultado de la aplicación sistemática de estos criterios arbitrarios de selección.

Según Kessler, los criterios de asignación del sexo no son científicos sino estéticos, porque la visión y la representación juegan el papel de creadores de verdad en el proceso de la asignación del sexo. La visión hace la diferencia sexual. En el caso del cambio de sexo, las transformaciones impuestas a las personas transexuales se rigen por los mismos criterios estéticos (de hecho muchas de las faloplastias y vaginoplastias se llevan a cabo en centros de cirugía estética). Solo recientemente, y ante la presión de las asociaciones transexuales, intersexuales y transgénero, estos criterios estéticos han sido cuestionados. Así, por ejemplo, hoy sabemos que la mayoría de los transexuales F2M, de mujer a hombre, cuando tienen las condiciones adecuadas para poder elegir, deciden hacerse una metidioplastia (es decir, el agrandamiento del clitoris hasta cuatro centímetros) en lugar de correr el riesgo de una faloplastia. También sabemos hoy, que, contra las predicciones médicas que esperan re-conducir hacia la heterosexualidad a los gays y lesbianas por medio de operaciones transexuales, muchos transexuales F2M viven como gays después de la operación y muchas transexuales M2F vivirán su vida de mujer como lesbianas.

Desde un punto de vista contra-sexual, criterio científico y criterio estético trabajan al unísono en materia de reasignación del sexo a partir del momento en que dependen de un único orden político-visual: cualquier cuerpo sin partes genitales externas suficientemente desarrolladas, o que no puedan reconocerse visualmente como pene, será sancionado e identificado como femenino.

Tal y como muestran los casos de reasignación hacia el género femenino de los recién nacidos genéticamente «masculinos» sin pene o dotados de un pene excesivamente pequeño, la verdad del sexo se decide en función de la adecuación a criterios heterosociales normativos, según los cuales la producción de un «individuo incapaz de tener relaciones hetero-sexuales genitales»⁶⁴ es, según Money, el peor error que podría cometerse en materia de asignación y de reasignación de sexo.

El trabajo de asignación del sexo de los recién nacidos intersexuales comienza por un proceso de sexualización/denominación: un órgano recibe el nombre de clito-pene, pene-clitoris, micro-falo o micro-pene, no en función de la descripción de los órganos existentes, sino en función del sexo que se quiere fabricar. El nombre de un órgano siempre tiene valor prescriptivo.

Si el recién nacido es cromosómicamente XY, es decir, se considera genéticamente «varón», su tejido genital se denominará micro-falo o micro-pene o incluso clito-pene, de forma que señale su potencial de «devenir pene». En este caso, todas las evaluaciones médicas servirán para saber si los órganos sexuales tienen o pueden adquirir la apariencia de un pene de talla normal y que podrá llegar a tener erecciones (independientemente de su habilidad reproductiva).

Si el recién nacido reacciona positivamente a la prueba hormonal —su órgano crece— se utilizará un tratamiento local a base de testosterona para que se desarrolle un pequeño pene. Si el recién nacido XY permanece insensible a la terapia hormonal, ello constituirá una contradicción imposible para el discurso médico: estamos ante un bebé genéticamente masculino pero sin pene o, mejor aún, «sin suficiente pene» (un pene que mide menos de dos centímetros después del tratamiento hormonal). Admitir esta contradicción significaría que la coherencia del cuerpo sexuado y, por tanto, de la identidad sexual puede alcanzarse sin un centro generativo (sexo = órgano sexual), o bien que existe un orden sexual ajeno a la coherencia de los órganos.

⁶⁴ Citado por Suzanne J. Kessler, *op. cit.*, p. 252.

Por ello, Money y sus colegas pensaron que era mucho más prudente evitar las eventuales «crisis de identidad» que podría plantear el micro-pene o el pene de pequeño tamaño en un niño «varón» reasignando la mayor parte de estos recién nacidos al género femenino. En este caso, el micro-falo se define como pene-clitoris, que será posteriormente seccionado y transformado mediante una vaginoplastia completa. Para Money, pues, «lo masculino» no está definido por un criterio genético (poseer un cromosoma Y y uno X) o por la producción de esperma, sino por un criterio estético, el hecho de tener una protuberancia pelviana «del tamaño apropiado». Como resultado de esta política del centímetro, en ausencia de un pene bien formado y del tamaño mínimo exigible, la mayor parte de los bebés intersexuales XX o XY son asignados al género femenino.

Solamente cuando el recién nacido es XX y presenta un pene de tamaño normal y bien formado la medicina parece considerar la posibilidad de una reasignación hacia el sexo masculino. Según Money, la «castración» de un pene «normal» es difícil de explicar a los padres, y «la masculinización de las estructuras del cerebro en el estado fetal predispone invariablemente al bebé a desarrollar un comportamiento de niño, incluso si se le educa como una niña»⁶⁵. Quizás de lo que habla Money es de la dificultad de explicar a papá y mamá que el cuerpecillo que duerme en su cuna es una *baby bollera* en potencia. Persuadido de la necesidad de no darle ningún beneficio a la duda, Money confiará en la capacidad del pene para provocar una identidad masculina, incluso si se trata de un cuerpo cromosómicamente femenino.

* * *

Podemos decir que el caso de los bebés intersexuales moviliza cuatro tecnologías. En un nivel epistemológico, «los intersexuales» oponen (y hacen trabajar al mismo tiempo) una tecnología genética esencialista y una tecnología quirúrgica constructivista. En un nivel institucional, oponen (y ponen a colaborar) las tecnologías de transformación y las tecnologías de fijación o de repetición de los sexos. Las primeras pertenecen al espacio del hospital, y son la

⁶⁵ Suzanne J. Kessler, *op. cit.*, p. 251.

condición de posibilidad de la producción de los cuerpos sexuales que denominamos normales (entre otras tantas tecnologías que propician el paso de la enfermedad a la salud, de la monstruosidad a la normalidad). Las segundas, que incluyen instituciones públicas y privadas, como la escuela o la familia, garantizan la constancia del trabajo de sexualización y «genderización».

Debido a la tensión que existe entre estas tecnologías que a veces se oponen y otras se complementan, el factor tiempo es crucial en materia de asignación sexual. El hecho de que el sexo/género pueda asignarse relativamente tarde, es decir, que pueda existir un lapso de tiempo entre el nacimiento y la asignación, revela suficientemente el carácter contingente de las decisiones y las elecciones que entran en juego en las tecnologías de producción de la verdad del sexo. Así, por ejemplo, las instituciones y el discurso médico sufren la presión de la «fecha límite» en materia de asignación de sexo, ya que las instituciones domésticas y escolares no pueden hacer su trabajo mecánico y reproductivo de re-sexualización y de re-generización de un cuerpo intersexuado. Los padres, por otro lado, no son los últimos en exigir a los médicos que determinen rápidamente el sexo de su bebé, a pesar de las ambigüedades morfológicas o cromosómicas. Como señala un médico que confiesa a Kessler la presión que ejerce la familia en el proceso de asignación de sexo: «los padres necesitan volver a casa para desempeñar su tarea de padres y para educar a su hijo sabiendo claramente si están ante una niña o ante un niño»⁶⁶. Hoy, por primera vez, se hace necesario re-pensar qué sería de una paternidad que no necesitase del sexo para establecer lazos de filiación y educación.

Si Money afirma que la identidad sexo/género es modificable hasta los 18 meses aproximadamente (aunque los tratamientos hormonales y quirúrgicos prosigan incluso después de la pubertad) no es porque no exista la posibilidad de cambio después de esta edad (como lo prueban suficientemente las operaciones de cambio de sexo y de reasignación en las personas transexuales), sino porque el discurso médico no puede hacer frente a las conse-

⁶⁶ Suzanne J. Kessler, *op. cit.*, p. 244.

cuencias políticas y sociales de la ambigüedad o de la fluidez sexual más allá de la tierna infancia. Por ello, según Money, el sexo debe asignarse lo más pronto posible, lo que a menudo quiere decir inmediatamente, a primera vista. Y eso, de manera decisiva e irreversible.

El desarrollo de la cirugía estética y de la endocrinología, la construcción técnica de la feminidad tanto en el caso de la transexualidad como en la sobre-sexualización de mujeres siliconadas, el desarrollo de técnicas de reproducción *in vitro*, así como el hecho de imponer la apariencia y el tamaño del pene como criterio para la asignación del sexo en la primera infancia son algunos de los elementos que me han llevado a identificar un cambio en el sistema sexo/género a partir de los años cincuenta y a esbozar dos modelos de producción del sexo. El primero se funda sobre la división del trabajo sexual y del trabajo reproductivo y corresponde a un período de capitalismo industrial. Este modelo, que data del siglo XVIII, identifica el sexo con la reproducción sexual y está fundamentalmente con el útero. El segundo modelo, correspondiente al capitalismo post-industrial, se caracteriza por la estabilidad del pene como signifiante sexual, por la pluralidad de las *performances* de género y por la proliferación de las identidades sexuales que coexisten con el imperialismo y la globalización del pene. Este modelo, que rige, por ejemplo, la representación de la sexualidad en la pornografía heterosexual, identifica el sexo con la apariencia de los órganos sexuales, está especialmente con el pene, y con su funcionamiento óptimo. Este es el orden del Viagra y del orgasmo a cualquier precio. Estos dos modelos producen dos sueños paranoicos generados por el orden heterocentrado. Dos utopías/distopías que son sin embargo la expresión de la fundación estructural del sistema: la «familia matriarcal» y el gueto «homosocial» masculino. Es importante subrayar que aunque estos dos modelos hayan hecho su aparición en épocas diferentes, en nuestros días no se excluyen mutuamente, sino que se superponen.

En el siglo XIX, la presencia o la ausencia de ovarios era el criterio fundamental del discurso médico para asignar el sexo en los casos calificados por la época de hermafroditismo. En esta economía de los órganos, el orden sexo/género refleja la división del

trabajo reproductivo. Cualquier cuerpo, con o sin pene, se asignará como femenino si es susceptible de embarazo y parto. El modelo sexo = reproducción sexual = útero produce la utopía/distopía de la «familia matriarcal»: un paraíso de la reproducción donde la presencia del hombre se reduce a la circulación y el intercambio de esperma, y que idealmente tiende a la transmisión de material genético de una mujer a otra, generando un útero global donde las madres reproductoras trabajan sin cesar.

Como sugiere el estudio de los protocolos Money, a partir de los años cincuenta, la asignación al género femenino es siempre una posibilidad para los cuerpos genéticamente machos o hembras, mientras que la asignación al sexo masculino se reserva para los cuerpos que presentan cromosomas XY o XX, con penes de apariencia normal. El modelo sexo = *performance* sexual = pene produce la utopía/distopía del gueto homosocial masculino: un paraíso sexual de penes erectos. Esta utopía/distopía es la fundación/fobia de las sociedades fuertemente homosociales, en las que el capitalismo post-industrial parece prometer la transformación de cualquier valor económico en \$pene y viceversa (→ ver: *lógica del dildo*).

En este segundo modelo, el discurso médico administra la (re)asignación del sexo en función de, llamaré, el «tabú del dildo». La regla de oro de la asignación de sexo según Money deja bien clara la interdicción que estructura dicho tabú: «Nunca asigne a un recién nacido el género masculino, no lo eduque como niño, ni le aplique una terapia hormonal o quirúrgica en cuanto niño si la estructura fálica en el nacimiento no tiene al menos el mismo tamaño que en los niños de la misma edad»⁶⁷.

El tabú del dildo consiste en prohibir que un cuerpo femenino pueda tener un clitoris o alguna otra parte genital externa que visualmente pueda pasar por una especie de «pene». Dicho de otro modo, el tabú del dildo, en la asignación como en el cambio del sexo, viene a prohibir la construcción tecnológica de un pene. La

⁶⁷ John Money, «Psychological Counselling: Hermaphroditism», en *Endocrine and Genetic Diseases of Childhood and Adolescence*, Gardner L. I. (ed.), Philadelphia, Saunders, 1975, p. 610.

asimetría que existe en la construcción social de los géneros se vuelve a encontrar en las tecnologías médicas de construcción y de cambio de sexo. Razón por la cual es posible afirmar que en los discurso médicos y legales contemporáneos el pene adquiere un carácter quasi-trascendental, situándose más allá de todos los artificios, como si fuera la única Naturaleza. Es precisamente en este reino de la naturalidad del pene donde el dildo irrumpe como «un espectro viviente».